



ÉPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII

NÚMERO 19. — Madrid 5 de Julio de 1885

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Carta de Roma*, por J. M.—*Los grabados*.—*La lucha de siempre*, por D. Valentín Gómez.—*Unos exámenes*.—*Un nuevo templo en Madrid*.—*Aurora* (continuación).—*Un manuscrito inédito del P. Ribadeneira* (continuación).—*Carlos Willian Siemens* (continuación).—*Poltos y lodos* (continuación).—*Patriotismo y abnegación*, por Estéban Marcel (continuación).—*Miscelánea*.—*Advertencia*.
GRABADOS.—*El marqués de Salisbury*.—*Elche y sus palmeras*.—*Acto solemne de colocar la primera piedra en la iglesia, convento y escuela del beato Orosco*.—*Aparato directriz y transporte del globo Tissandier*.

LA DECENA

con efecto, estuvieron cerradas todo el día del sábado.
Me refiero á las tiendas, expendurías, comercios, establecimientos industriales, cafés y tabernas de Madrid.

Lo que sólo era una esperanza, una aspiración generosa, en la noche del viernes 19 de Junio de 1885, cuando cerré mi fábrica de revistas, se convirtió en realidad el día 20. Madrid ofrecía el aspecto de un día de fiesta, con la ventaja de no tener que oír misa *por obligación*, que es para muchos católicos de ahora como miel sobre hojuelas.

Fué una manifestación unánime; un acto de virilidad mercantil; un quejido unísono del metro, del kilo y del litro; una protesta á puerta cerrada, durante el día, y que dejó por la noche la puerta abierta á otras protestas, á otros quejidos, á otros actos y á otras manifestaciones, completamente ajenas á los propósitos de los comerciantes, es verdad, pero tan *vivas*, que produjeron *dos muertos*... No hablo de los heridos, porque en cualquier función de novillos de cualquier pueblo se cuentan tantos lesionados como los que resultaron en la noche del sábado.

Todo pasó, sin ulteriores consecuencias, afortunadamente. Amaneció el domingo, día destinado al descanso y á la oración en otros países católicos, y amanecieron abiertos los establecimientos, ni más ni menos que si hubiera sido sábado ó lunes. Era de ver la solitud, el ardor y la actividad con que desempeñaban sus faenas los dueños y dependientes de las tiendas, como si quisieran indemnizarse del tiempo perdido en la festividad del día anterior.

Al hablar de los estragos de la epidemia en Murcia y recordar los

actos de abnegación y de caridad que allí se han cumplido, no puedo menos de enviar el humilde tributo de mi entusiasta admiración al insigne Prelado de aquella diócesis, á un queridísimo amigo investido con el más elevado cargo civil en la provincia, y, sobre todo, á esas modestas cuanto heroicas Hermanas de la Caridad, verdaderos ángeles del consuelo que, en cumplimiento de su celestial misión, corren al sacrificio de su vida con la calma sublime de los mártires, se disputan el puesto del mayor peligro, abrigando y sirven con sus delicadas manos á los pobres apestados, les infiltran en el alma el bálsamo de la esperanza, y de tal manera se identifican con los padecimientos y dolores de los enfermos, que muchas veces ¡muchas! no se separan de ellos después de cerrarles los ojos donde se ha apagado la centella de la vida, sino que los acompañan tranquilos y sonrientes al seno de la eternidad... ¡Benditas sean!



EL MARQUÉS DE SALISBURY,
Presidente del nuevo Gobierno inglés.

En los momentos en que á todo el mundo embarga el curso lento, pero constante, de la epidemia colérica en varias provincias de España, se ha inaugurado en Madrid un monumento artístico en honor del señor marqués del Duero, muerto hace once años en el campo de batalla. El acto (que no me toca describir, porque lo han hecho con detenimiento los periódicos de la Corte) ha sido digno de las augustas personas que han querido honrarle con su presencia y de la alta reputación militar del caudillo cuyo recuerdo se quiere perpetuar.

Lejos de mí el propósito de alzar una voz discordante en el coro casi unísono de los elogios y parabienes cantados con tal motivo. Ya que frecuentemente nos complacemos en empujarnos y denigrar á nuestros hombres célebres, me parece muy bien que alguna vez se les decreten los honores de la fama. Y nada tendría que decir de la solemnidad que hace pocos días hemos presenciado, si se hiciese extensiva á tantos egregios nombres del catálogo de nuestras legítimas glorias nacionales, que viven y vivirán siempre en nuestra memoria, pero que carecen de un trozo de mármol ó de una plancha de bronce que les recuerde al extranjero que visita nuestro país.

De otros espectáculos públicos no quiero hablar, porque no hay ninguno que merezca llamar la atención en esta época del año. Hasta las exhibiciones de cuadros en las Cámaras parece que pierden su atractivo, y no producen los efectos nerviosos que buscan los aficionados á emociones fuertes, cuando se las somete á una temperatura más propia para la incubación de huevos de gallina, que para empollar leyes y recalentar discursos fiambres.

La compañía lírica italiana del teatro del Príncipe Alfonso tiene la conciencia de su deber, que es el de cantar óperas de verano y... canta lo que puede.

La compañía del teatro Felipe, que antes actuó en el de Variedades, ha perdido los títulos de propiedad de su casa solariega; dice que no entiende de *variedades*, y hace... lo que quiere.

La compañía del teatro de Recoletos espera, para hacer su agosto, á que mejoren las noches en Julio, y entretanto hace... tiempo.

Las compañías (*troupe*) de los circos de Price é Hipódromo, que no tienen nada nuevo que presentar en ninguno de los ramos del saltar humano, no saben ya qué hacer, y hacen... lo que saben.

Los artistas del circo taurino parece que no están tan inspirados en sus papeles como debiera esperarse de tales eminencias, y aunque la

empresa menudea las funciones y va tras de los aficionados, los aficionados no van á las funciones; así es que aunque parece que se hacen corridas, sólo se hacen... fiascos.

En los Jardines del Buen Retiro hay mucho ambiente, mucha ventilación, muchos árboles, muchos faroles, muchas sillas, muchos paseos, mucho de todo... menos concurrentes. Es un sitio delicioso y que justifica su nombre de Retiro, porque, en efecto, es un sitio *muy retirado*. Cuando mejoren las noches (que seguramente no será hasta que mejoren los días), acudirá allí todo Madrid á solazarse como en años anteriores; pero hasta tanto, así la compañía lírico-dramática, como las bandas militares, como la sociedad de conciertos, no hacen más que... frío.

Y el público, por su parte, á pretexto de lo desahagible de las noches y de los espectáculos, en lugar de hacer éxitos, hacer llenos, ó siquiera hacer bulto en todas esas funciones, se contenta con hacer... novillos.

**

Y no se diga que la gente se aleja de esos espectáculos porque cuestan dinero, no; lo mismo se retira de los que se le ofrecen gratis.

Las verbenas de San Juan y San Pedro, que siempre atraen una alegre, bulliciosa y numerosísima concurrencia, se han visto este año muy desanimadas, por efecto de la baja temperatura de las noches y, según yo comprendo, por altas consideraciones de higiene y por medida de precaución que imponen las peligrosas circunstancias sanitarias que atravesamos.

**

Á propósito de epidemias y de verbenas, recuerdo haber leído, hace muchos años, sin poder precisar el libro ni el autor, que la hierba que ha dado su nombre á las fiestas nocturnas que celebramos en España la víspera de San Antonio, de San Juan, de San Pedro, de Santiago, etc., tiene virtudes medicinales que la hacen, ó al menos la hacían en la antigüedad, de gran utilidad para la curación de muchas enfermedades, entre ellas el cólera morbo.

Lo cierto es que la *verbena oficial* ó común (porque hay innumerables variedades de esta planta) fué objeto de gran veneración entre los antiguos, y los galos la consideraban como sagrada. Alguna importancia debía tener este producto de la botánica, cuando ha preocupado la atención de muchos sabios, que hasta se han dado de calabazadas por buscar la etimología de la palabra. Ahí está el célebre Corssen, que creyó hacer un verdadero servicio á la humanidad, descubriendo que la voz latina *verbena* trae su origen nada menos que de la lengua sanscrita, de la raíz *vardh* (crecer).

Como los sabios, cuando se trata de serlo en toda regla, no se paran en barras, dijeron otros que *vervena* (que así debiera escribirse y no como la escribimos nosotros, *verbena*) se deriva de *Venus* y de *Vena*, y que se la había designado con este nombre porque se la atribuían propiedades afrodisíacas.

Algunos, no menos sabios que los sobredichos, han sostenido que *vervena* viene del verbo *verrere*, barrer, porque en los templos del paganismo se empleaba esta planta para limpiar los altares.

Convengamos, después de todo, en que la *verbena*, á la que se atribuía en tiempos pasados propiedades terapéuticas extraordinarias, puesto que se la empleaba como antiespasmódica, astringente, diaforética, febrífuga, resolutive, vulneraria, etcétera, etc., ha venido muy á menos, y hoy apenas se la conoce en la materia médica, habiéndose limitado su uso á la veterinaria.

Si no fuera por el temor de que me equivoquen mis lectores con un erudito, añadiría, en reparación del desprecio que hoy se hace de la *verbena*, que los druidas la tenían en gran veneración y que, á su cosecha, acompañaban las más ridículas y supersticiosas ceremonias, siendo de rigor que sólo podía arrancarse con la mano izquierda. Diría que no gozaba de menos importancia entre los griegos y los latinos, que la llamaban *hierobotana* ó *herba sacra*, y la hacían servir para purificar las aras de Júpiter y adornarlas durante los sacrificios. Con manojos de *verbena* empapados en el agua lustral se rociaban las casas para alejar de ellas los malos espíritus. Los heraldos de armas se coronaban de *verbena* cuando iban á anunciar la paz ó la guerra.

Aun podría agregar que en la Edad Media esta planta figuraba en los encantamientos, en los sortilegios y en los misterios cabalísticos...

Ahora bien; si yo sé todo esto y mucho más que me callo, porque ya esta broma de erudición se va haciendo pesada, ¿qué no sabrán los sabios de profesión y los eruditos de oficio acerca de la *verbena*? Y, sin embargo, habrá muchos desgraciados que

comerán buñuelos y *torraos*, comprarán tientos de albahaca, bailarán al són de la guitarra y correrán por el Prado y la Florida en noches de *verbena*, y no sabrán de esto una palabra... ¡Y luego dirán que se han divertido! Compadezcamos su ignorancia... pero envidiemos su diversión.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



Se anuncia para la primera quincena de este mes un importante consistorio en que serán nombrados seis nuevos Cardenales, á saber: Mons. Melchers, Monseñor Morán, Arzobispo de Sidney, nombrado Arzobispo de Dublín; Mons. Capecebatro, Arzobispo de Capua; Mons. Battaglini, Arzobispo de Bolonia; monseñor Schiaffino, secretario de la congregación de Obispos y Regulares, y Mons. Cristofori, auditor de la Cámara Apostólica.

El más importante de estos nombramientos es el primero.

Según *La Germania*, Mons. Melchers renunciará en seguida la Sede Arzobispal que ocupa, y se establecerá en Roma, donde la Santidad de León XIII piensa darle un cargo de confianza. Como consecuencia de todo esto, se espera que será provista inmediatamente la Sede Arzobispal de Colonia, saliendo de este modo aquella archidiócesis de las condiciones de existencia en que viven casi todas las demás de Alemania. He aquí un nuevo triunfo de la política de León XIII.

Estos días se ha verificado en París una solemnidad literaria que ha inspirado gran interés por las personas que en ella debían actuar. Se trataba de la recepción en la Academia francesa de M. Duruy, ex ministro del último imperio, que ha difundido en sus obras históricas graves errores contra la Iglesia. Tocóle dar la bienvenida al nuevo académico á Mons. Perraud, Obispo de Autun, director actual de la Academia. El ilustre Prelado ha escrito un discurso digno de su fama, donde, reconociendo los méritos de M. Duruy, ha sabido con elocuentes acentos y argumentos irrefutables vindicar al Catolicismo de los ataques que el ex ministro de Napoleón III le dirigió en su historia de Roma.

Duruy pretende que el Catolicismo, mostrando á los hombres como verdadera patria la del cielo, les hizo menospreciar la de la tierra, y que colocando la humildad del cristiano en el lugar que ocupaba en el mundo antiguo el orgullo legítimo del ciudadano, precipitó la decadencia del Imperio romano. El ilustre Prelado de Autun, de un modo delicado ha puesto en evidencia el plagio de M. Duruy, que no ha hecho otra cosa que repetir los argumentos expuestos por el senador Simaco, y refutadas victoriosamente por San Ambrosio, cuando desarrolló con su gran inteligencia estas palabras: «Es preciso no dejarse ofuscar por el brillo exterior de las cosas y de las frases: importa primero examinar atentamente lo que cubren esas apariencias engañosas y brillantes.»

El fondo de aquel Imperio estaba hueco; el mal-estar del alma lo invadía todo; era precisa aquella regeneración sólida y verdadera que iba á los orígenes del mal, y con la fe, con la abnegación, con la caridad, con la esperanza, supo curarlo, y conducir á los hombres por caminos de salvación, apartándolos de aquellos otros por donde el paganismo conducía á la humanidad, caminos de corrupción y de muerte. El discurso de Mons. Perraud es, en suma, obra maestra donde hay mucho que aprender y que admirar.

Celebramos este triunfo de la fe en medio de las abominaciones de la Francia revolucionaria y masonica.

Nos refieren de Amberes, que en la Exposición inaugurada el 2 de Mayo último España no ocupa, por desgracia, el lugar que merece. Mientras las demás naciones que figuran en la Exposición han procurado llevar ejemplares y productos de sus ricas colonias, presentándolas Francia de Cochinchina, Portugal del Congo, Inglaterra del Canadá, España, por el contrario, presenta muy pocos artículos, y éstos no se hallan en las mejores condiciones. Una ligera enumeración de los mismos lo demostrará cumplidamente.

Entre los artículos coloniales que ha llevado España á la Exposición de Amberes, figuran los tabacos, y un negociante belga, amparándose en nuestra bandera, pretende ser el único importador de los tabacos habanos, intentando representar 54 fábricas de la Habana. Además de estos tabacos expone productos de idéntica clase de varias naciones, lo

que va á constituir un gravísimo inconveniente para los marquisas cubanos en una plaza de la importancia comercial de Amberes, y en la que llegan á falsificarse todos los productos.

Hay tabacos de la Compañía general de Filipinas y la fábrica de Manila, El Oriente, completándose dicha sección con La Legitimidad, de la Habana.

En cuanto á productos peninsulares, se hallan en primer lugar los vinos, de los que se presentan escasos ejemplares, y además existen conservas alimenticias, azúfres, aguas minerales, objetos y aparatos de física, trabajos en pelo, calzados de lujo, damasquinos de oro y plata, en hierro y acero, y algunos otros.

Es de sentir que en la plaza de Amberes, donde imperó en otro tiempo la bandera española, haya quedado nuestra patria en más bajo lugar del que legítimamente le corresponde. La apatía de nuestro carácter es una rémora al progreso de la industria nacional.

Como historiadores ó cronistas, sin entrar en apreciaciones de ninguna clase, vamos á referir el resultado de las últimas elecciones para el Reichsrath austriaco. Los liberales han perdido 43 representaciones, de las cuales, 15 han pasado á los ultraconservadores. Los antisemitas han ganado cuatro representaciones en Viena; los demócratas tres; los ruthenos y los fusionistas de Trento 21. En resumen, todos los liberales del Reichsrath unidos, sumarán sólo 132 diputados; mientras que los conservadores serán 192.

El antiguo reino de Bohemia es el que ha influido más eficazmente en este resultado. Hablando de estas elecciones, dice un periódico de Viena.

«Ahora que la energía del Episcopado, el celo del clero, y la adhesión del clero y la adhesión del pueblo católico, han dado á la antigua monarquía austriaca una representación conservadora y cristiana, toca al Gobierno auxiliar y robustecer el renacimiento social cristiano y conservador de este vasto Imperio. El Episcopado, el clero y el pueblo cristiano han allanado el terreno; sepa el Gobierno trabajar para reconstruir lo destruido.»

Dios lo quiera, porque el Imperio austriaco es digno de ocupar el primer puesto entre las potencias católicas.

Todavía no ha tenido tiempo el nuevo Gabinete inglés de dar á conocer sus propósitos. Sin embargo se empieza á hablar de sus miras en Egipto.

El *Standard* cree que el nuevo Gobierno ordenará la recuperación de la provincia de Dongola. Algo significa que el arsenal de Wolivich haya mandado dos millones de cartuchos al ejército inglés acantonado en Suakín.

El hecho es que el Madhi se enseñorea del Sudán, donde se han malogrado tantos capitales y tantas vidas sin sacar otro resultado que el descrédito de Inglaterra. Y lo bueno es, que los periódicos árabes anuncian ahora la aparición de un tercer Madhi procedente de la Arabia y perteneciente á la secta de los wahabitas. Dicen que tiene ya número considerable de partidarios.

Estos wahabitas representan una especie de reforma del Islam. Habitan el centro de la península arábiga y son profundamente hostiles á los turcos y al Sultán, cuya superioridad religiosa desconocen.

La situación de Egipto, bajo el protectorado inglés va cayendo en los últimos extremos de la anarquía.

En Alemania es donde más se trabaja en la solución de lo que ahora se llama el problema social. M. Ketteler, con su obra intitulada *La cuestión obrera y el Cristianismo* inauguró esta gran cruzada, la cual tuvo en seguida muchos afiliados, unidos para trabajar con afán en defensa de los intereses sociales amenazados por el socialismo. El vulgarizador de la obra del Sr. Ketteler fué el canónigo de Maguncia, Sr. Mufang, quien redactó un programa de reformas católico-sociales y fundó un periódico para desarrollarlo, intitulado: *die Cristlich-soziale Blaetter*. Comenzaron en seguida á formarse, con distintos nombres, asociaciones cristiano-sociales, las cuales se reunieron en varias asambleas en 1868, 1869 y 70, quedando echados los cimientos de tan grande empresa. Por este medio la obra de M. Ketteler ha tomado extraordinaria extensión, y las asociaciones creadas bajo su influencia son innumerables y para bien distintos fines: asociaciones católicas de compañeros, con cajas de ahorros, y en Berlín una gran Academia para formar el gusto en las artes y la industria (cuentan con más de ochenta mil miembros); asociaciones católicas de aprendices, de maestros y de paisanos, que cuentan con cerca de doscientos mil afiliados en cada uno de sus dos grupos (de Baviera y Westfalia); asociaciones cristiano-

sociales, cuyo objeto es discutir la cuestión obrera; asociaciones católicas de socorros a los obreros, que les prestan sin interés, crédito y ahorro, según la organización de Schuler-Delirsh; asociaciones de producción; asociaciones para repartir escritos sobre la cuestión social; sociedades de construcción de casas para obreros, y asociaciones para mujeres e hijas de los obreros; tales son los grupos principales de la tan variada red de corporaciones de obreros que los *Kristlich-soziale* han extendido sobre Alemania y cuyo movimiento se encuentra representado por gran número de periódicos, entre los cuales se tienen por los mejores los *Kristlich-soziale Blaetter*, anteriormente citado, para la Alemania del Norte, y el *Arbeiter-freund*, que se publica en Munich bajo la dirección de H. Schimpf, para la del Sur.

El fruto de esta empresa salvadora no puede ser más consolador. Más de cien mil obreros se hallan hoy agrupados en las varias asociaciones, y todos los días se multiplica el número. El ejemplo de los católicos alemanes es muy de imitar en las demás naciones, donde más o menos el socialismo ha hecho presa y amenaza con terribles catástrofes.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 29 de Junio de 1885.

PARA los que han visto el esplendor con que la Roma pontifical celebraba las mayores fiestas del año, el aniversario de éstas durante la usurpación de la Ciudad Santa, no pasa sin recordar el carácter de grandiosidad que la presencia del Papa-rey imprimía á todas las solemnidades; me limito á la fiesta que hoy celebra la Iglesia, pero ¡qué concurrida estaba la Basílica vaticana cuando allí celebraba el Papa de pontifical! ¡Qué gentío inmenso invadía la plaza de San Pedro por la noche, en que se iluminaba la cúpula de Buonaroti! ¡Qué entusiasmo despertaba la vista de la *girandola*! No he dejado de ir hoy á visitar la tumba del Príncipe de los Apóstoles, y celebro mucho que la concurrencia fuese tan numerosa como devota, pero inútilmente busqué la presencia del sucesor de Pedro: quiera Dios abrevien su necesaria ausencia las preces que eleva no muy lejos de la Basílica vaticana, y las lágrimas que vierte sobre la situación de la Iglesia. Contemplando la estatua en bronce que representa á San Pedro y se encuentra casi debajo la cúpula, me he acordado de la controversia que hay entre los arqueólogos sobre la época á que pueda corresponder dicha estatua; en mi sentir no cabe duda de que tiene mayor probabilidad la opinión de quien la considera obra de los tiempos del emperador Felipe, pues aun prescindiendo de la tradición no infundada de que la mujer de éste emperador era cristiana, y que en obsequio á San Pedro mandó esculpir su retrato en bronce, las citas históricas que suponen la existencia de la estatua, y el traje mismo de filósofo que se ha puesto al santo, demuestranla evidentemente anterior á los tiempos de San León Magno; pero mientras por una parte no es obra tan perfecta que pueda atribuirse al siglo de Augusto, por otra, en concepto de muchos arqueólogos, es bastante más correcta que cuanto produjo el arte en los tiempos de Constantino; corresponde luego su origen á una época media entre el reinado de estos dos emperadores, pudiendo ser la de Felipe, principalmente por ciertos detalles que parecen característicos de la escultura de aquel tiempo; lo cierto es que en dicha estatua tenemos el mejor retrato de San Pedro, no sólo por su mérito artístico, sino también por lo parecido que hubo de ser con su original, ya según la tradición comunísima, ya según multitud de pinturas existentes en los subterráneos y catacumbas de Roma.

Aunque no esté todavía señalada la fecha de su celebración, parece cierto que en el mes de Julio tendrán lugar dos Consistorios para la creación de nuevos purpurados y consiguiente imposición de insignias cardenales. Entre los seis Prelados que han de ser elevados próximamente al honor de la sagrada púrpura, cuatro de ellos ocupaban puestos cardenales; tenían, por tanto, de antemano el testimonio de la particular consideración con que les distinguía Su Santidad. Los demás nombramientos revisten una significación de no escasa importancia, pues el Arzobispo de Sidney va á ser el primer Prelado de Australia llamado á formar parte del Sacro Colegio, en lo que se echa de ver, reconocido y alentado por la autoridad pontificia, el desarrollo que desde algunos años tiene en Australia la religión católica; además, el nombramiento del Arzobispo de Colonia es una nueva prueba de los deseos de pacificación que animan á León XIII

para con Alemania, y siendo indudable que Su Santidad no se ha inclinado á aceptar la dimisión de Mons. Melchers sino en vista de lo útil que puede ser para los intereses religiosos, de esperar es ya no tarde la hora del perfecto acuerdo de la Alemania con la Santa Sede y por fin consiga León XIII la satisfacción debida á su celo paternal y á su paciente longanidad; ahora mismo acaba Su Santidad de recibir noticia oficial de la excelente impresión que produjo en China su carta dirigida en Febrero último al emperador del Celeste Imperio, y en la que, después de darle gracias por las buenas disposiciones manifestadas en favor de los misioneros católicos con motivo de la última guerra con Francia, Su Santidad pedía encarecidamente al emperador de China siguiese protegiendo las misiones establecidas en sus vastos dominios; el misionero Sr. Giulianelli, que tuvo el honor de llevar á China la carta pontificia, ha regresado aquí el 20 del actual, encargado de presentar á Su Santidad la contestación oficial del Emperador; parece ser un documento en que van consignadas palabras y fórmulas que acusan sentimientos de altísima consideración hacia el Sumo Pontífice.

J. M.

LOS GRABADOS

EL MARQUÉS DE SALISBURY.

Presidente del nuevo Gobierno inglés.

Lord Salisbury, tercer marqués de este nombre, par de Inglaterra, presidente y ministro de Relaciones exteriores (*Foreign-Office*) del actual ministerio, nació el 3 de Febrero de 1830, fué educado en Eton y en Chris-Church (iglesia de Cristo), colegio de la Universidad de Oxford, y entró en 1853 en la Cámara de los Comunes, por el distrito de Stamford. Tomó allí asiento hasta la muerte de su padre, en los bancos del partido tory, y sucedió á aquél en su patria el 12 de Abril de 1868, haciéndose conocer por su talento y como orador notable en muy importantes discusiones; pidió el reconocimiento de los Estados del Sur durante la guerra de secesión, y combatió como inoportuno é inútil el *bill* de reforma de Mr. Gladstone.

A consecuencia de la influencia que adquirió fué elegido por lord Derby para desempeñar el ministerio de las Indias, que abandonó bien pronto por no querer asociarse á la presentación del *Reform-bill* por el Gabinete Derby-Disraeli. La caída del Gabinete conservador (1868) le hizo volver á la oposición, desde donde combatió los proyectos de Gladstone, y entre ellos el de abolición de la Iglesia en Irlanda, siendo, á la muerte de lord Derby, jefe del partido tory en la Cámara de los Lores, y á la caída del partido liberal volvió á encargarse del departamento de las Indias en el momento (1874) en que éstas eran desoladas por largo período de miseria y hambre. En 1876 fué nombrado plenipotenciario de la Gran Bretaña en el Congreso de Constantinopla, y á consecuencia de las disensiones surgidas entre Disraeli y lord Derby en la cuestión de Oriente fué llamado á desempeñar el *Foreign-Office* (1878), de donde salió para representar á su país en el Congreso de Berlín, y á su vuelta recibió la orden de la Jarretiera. Desde 1870 lord Salisbury es canceller de la Universidad de Oxford.

Aunque protestante, ha dado muestras de gran respeto á las instituciones católicas.

ELCHE Y SUS PALMERAS.

En el camino que conduce desde Alicante á las Andalucías, á cinco leguas de Orihuela y 25 de Valencia, se halla situada la villa de Elche en una dilatada llanura cerca del mar.

La importancia histórica de esta villa data de tiempos muy antiguos; pues su mismo nombre, de origen celta, en cuya lengua significa *población*, supone una existencia anterior á la venida á España de los griegos y de los cartagineses. Los romanos la apellidaron *Illici* ó *Ellice Contestanorum*, y en tiempo de Augusto fué *colonia immune*, y obtuvo la prerrogativa de derecho itálico y la facultad de batir moneda, con otros varios privilegios singulares que prueban bien su alta importancia.

Pero no es nuestro ánimo entrar ahora á señalar las sucesivas vicisitudes de esta villa antes y después de la conquista de los moros, y en las civiles y extranjeras guerras posteriores; ni tampoco entrar en la descripción de las antiguas murallas y torres, templos y demás monumentos que contiene, ni fijar, por último, el número de sus habitantes entre 15.000 que la supone Laborde en principios de este siglo, y 35.000 que la dan los diccionarios geográficos modernos.

Lo que hoy nos hace llamar la atención de nuestros lectores sobre esta villa, y lo que principalmente la distingue de todas las demás del reino, es la asombrosa fecundidad, el magnífico espectáculo oriental de sus palmeras, extendidas por la dilatada llanura de su término, que limitan al Norte algunas lomas, la sierra de Santa Pola al E., y la del Molar al S.

Viniendo de la parte de Orihuela y al dar vista á Elche, se creería en efecto el viajero transportado á uno de los más bellos paisajes de la costa de Africa. Sobre las frondosas copas de los olivos y otros árboles frutales, mira descollar

una prodigiosa multitud de elevadas palmeras, que según el naturalista Bowles, no bajan de cincuenta mil, cuya mayor parte suben hasta la majestuosa altura de 120 pies. Los dátiles que producen son más gruesos que aceitunas, y cuelgan en racimos de diez á quince libras. Su gusto es menos dulce y menos empalagoso que el de los dátiles de Berbería. Los labradores envuelven algunas ramas de las palmas con esparto ú otras hierbas, para defenderlas del sol y del aire, y así las blanquean como el apio ó el cardo, y las venden después á todas las iglesias de España para las funciones del domingo de Ramos; de suerte que no sólo el exquisito fruto de este árbol es de una utilidad grande á la población, sino que sus mismas ramas vendidas y exportadas á otros pueblos son de un producto enorme para su riqueza.

Quisiéramos sobre esto poder presentar algunos datos á nuestros lectores que sirviesen para graduar la importancia de este sagrado tributo que todas nuestras catedrales, colegiatas é iglesias notables pagan á la villa de Elche con ocasión de la festividad de las palmas; pero carecemos de ellos, aunque creemos que haya de subir á muchos miles de pesos; sin embargo que hoy debe haber decaído el consumo por la falta de los conventos y escasez en que se hallan las catedrales.

ACTO SOLEMNE DE COLOCAR LA PRIMERA PIEDRA EN LA IGLESIA, CONVENTO Y ESCUELA DEL BEATO OROZCO EN EL EXTREMO DE LA CALLE DE GOYA DE ESTA CORTE.

(Véase el artículo de la página 291.)

APARATO DIRECTRIZ Y BARQUILLA DEL GLOBO TISSANDIER.

El problema de la dirección de los globos, si no está ya resuelto, está á punto de resolverse. Este feliz resultado se debe á los recientes descubrimientos de la electricidad. Los hermanos Tissandier han inventado un aparato, que es el que representa nuestro grabado, para dar dirección á los globos, el cual se compone de una máquina dinamo-Siemens reducida al mínimo peso, de un propulsor constituido por dos paletas helicoidales de 2,85 metros de diámetro y de una batería de pilas ligeras de bicromato de potasa.

Las paletas, unidas por dos listones de pino bien seco y de buena calidad, van recubiertas de seda barnizada y se mantienen tersas y fijas con la ayuda de hilos de acero. La hélice, así formada, pesa 7 kil. La máquina Siemens lleva su bobina de gran longitud con relación al diámetro; todas las piezas de montaje son de acero fundido; pero gracias á la reducción de volumen, se ha conseguido que el peso total de la máquina no exceda de 55 kilogramos. La corriente producida por las pilas, llegando á la máquina, da origen en ésta al movimiento de un eje, del cual, por medio de una transmisión de engranajes, se trasmite á la hélice: la relación entre las dos ruedas que forman el engrane es de 1 á 10, de modo que cuando la bobina de la máquina Siemens da 1.400 vueltas por minuto, la hélice dará 140 en igual tiempo.

El motor así formado puede producir, durante tres horas consecutivas, un trabajo de 75 á 100 kilográmetros, equivalente al de 12 hombres: para elevarle en la atmósfera basta un globo de 900 metros cúbicos; es decir, que un aerostato de forma prolongada, que tenga 27 metros de longitud y 9 de diámetro en el punto medio del eje, construido de seda y lleno de hidrógeno, bastará para elevar el aparato y dos viajeros, y en estas condiciones llevará en el aire, en reposo, una velocidad *propia* de 4 metros por segundo, ó 15 kilómetros por hora.

El timón ó gobernalle lo formaba una tela sin barnizar, sujeta en un marco de bambú. De esta misma madera son las varillas verticales que forman la barquilla en sus cuatro aristas, así como las diagonales que unen éstas y dan rigidez al conjunto, según puede verse perfectamente representado con todos sus detalles en el grabado de esta misma página, en el cual se observa también la colocación en la barquilla de todos los elementos del motor á que nos hemos referido.

Después de la ascensión del 8 de Octubre de 1883, observaron los hermanos Tissandier que el globo había sufrido, al maniobrar, frecuentes giros al rededor del eje vertical; para evitar estos giros, ocasionados por la disposición del tiempo ya dicha, han ideado establecer éste del modo siguiente, con lo cual, en la ascensión de 26 de Septiembre de 1884, han maniobrado perfectamente y sin movimientos que entorpecieran la marcha normal del aparato.

Constituye aquel órgano, después de modificado, una lámina de tisú, de percalina satinada, y va colocado en la parte posterior del aerostato: se divide en dos partes, una rígida, que forma la quilla del barco, y otra, que es el timón, propiamente dicho, y puede ser inclinado á derecha é izquierda por medio de cuerdas manejadas desde la navicella, y determinar, cuando la hélice impulsa al conjunto, un movimiento lateral de éste. El timón y la quilla, en estado de tensión, van colocados en un marco de bambú ligado al globo y á una pieza de madera colocada debajo de la hélice.

Con esta disposición, los hermanos Tissandier han manejado su globo, obediendo éste de igual manera que un barco en el agua, lo cual demuestra también las ventajas de los aerostatos fusiformes, pero sin excluir otros, toda vez que los capitanes Renard y Krebs obtuvieron excelentes resultados con el aerostato pisciforme con hélice anterior, que emplearon en su conocida ascensión.

Véase, pues, cómo, si no podemos considerar resuelto en absoluto el problema de la navegación aérea, falta muy poco para que el hombre cruce los aires de igual modo que hoy (y hace muchos siglos) atraviesa los mares.

LA LUCHA DE SIEMPRE

II

AL SR. D. FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO.

BIEN examinado el artículo de usted del número correspondiente al 15 de Junio, puede resumirse, por lo que al asunto de que tratamos se refiere, en estas palabras terminantes con que usted comienza uno de sus párrafos:

«No: no hay atmósfera; no hay espíritu literario ni artístico en nuestros tristes días.»

Y prueba usted esta afirmación con el indudable afán de goces y negocios que en todas partes reina, y con la ingénita enemistad de las sectas revolucionarias á cuanto haga relación con la belleza y la poesía.

De modo que, según usted, hoy no es posible cantar, porque las ondas del aire que nos rodea carecen de sonoridad, y los acentos del poeta se pierden en el vacío, como se perderían las notas de un violín que se tocara (si fuera posible) dentro de la campana de una máquina neumática.

Y este mal que usted delata es reciente, por lo que usted mismo dice, pues se contentaría usted con que volvieran los tiempos en que á Zorrilla se le formaba una reputación «por recitar una docena de versos en un entierro», y á Selgas se le sacaba de su pueblo para traerlo á Madrid por el exclusivo «mérito de ser autor de unos cuantos versos.» Y aun se juzgaría usted consolado con que en el salón del Príncipe se hablase de literatura, y en la escena tuvieran hoy el éxito que alcanzaron en la época de su estreno las obras que yo cité en mi artículo: *Los Amantes de Teruel*, *El Trovador*, *El tanto por ciento* y *Un drama nuevo*.

De donde infiero que usted, más entristecido que desanimado, exige de nuestro tiempo menos de lo que á primera vista parece, y que tal vez se despertaría en usted la amortiguada afición al cultivo de la bella literatura, si á pesar de la perfidia de las corrientes modernas, del extravío general de las ideas y del gusto dominante por lo bajo, lo chocarrero y lo estúpido, hubiese una especie de oasis donde á lo menos se oyera el alegre murmullo del agua cristalina, el rumor de las hojas azotadas por suave y perfumado viento, y tal cual gorjeo de algún ave solícita en formar el nido de sus amores.

Pues convengamos en todo lo que deba convenirse, y estudiemos luego el modo de reconstituir esas pocas cosas que usted echa de menos, y que, á mi juicio, sólo han desaparecido por circunstancias transitorias que á su vez tienen que desaparecer, y pronto.

Cierto: el general espíritu revolucionario y materialista que flota sobre la sociedad presente, como negro manto de infección morbosa sobre un pueblo apestado, es enemigo mortal de toda belleza y de todo arte, y si alguna vez produce obras que tengan dejes de estéticas, es porque así como el hombre más depravado no puede menos de mostrar de vez en cuando en sus actos que tiene conocimiento del bien, así el espíritu de la revolución y del materialismo recuerda impensadamente que hay algo ideal, algo superior á las groserías de la materia y á las inquietudes permanentes del desorden.

Convenimos en que las luchas de la política y el provecho de los negocios llaman la atención más poderosamente que los nobles pugilatos de los artistas y los esfuerzos generosos del poeta que quiere elevar á los hombres á la contemplación del mundo luminoso de la belleza ideal.

Convenimos en que el arte es hoy, como usted dice, esclavo de los dos señores del mundo moderno: la revolución anticristiana y el sensualismo. ¿Cómo no hemos de convenir en esto usted y yo, que desde los primeros años de nuestra juventud no hemos hecho otra cosa que dedicar todas nuestras fuerzas á combatir contra esos tiránicos señores en el terreno social y político, donde principalmente quieren perpetuar su abominable imperio?

Pero detengámonos un momento á examinar las demás circunstancias que no son esenciales para el estado presente del arte, y veamos si es posible que también en esto nos pongamos de acuerdo y coadyuvemos, de resultados, con todo nuestro empeño á formar siquiera uno de esos oasis en que la gente honrada pueda entregarse á las dulces recreaciones de lo bello sin temor al *simoom* del desierto y á las fieras de la montaña.

Por de contado, en la pintura y en la novela hay algo que indica un verdadero renacimiento artístico. Sin que en nuestras Exposiciones haya abundantes maravillas (porque las maravillas son siempre escasas), es innegable que la pintura histórica tiene hoy

en nuestro país insignes cultivadores que compiten ventajosamente con los más afamados del extranjero. Falta, por lo común, el sentimiento religioso á nuestros pintores: lo reconozco, y cierto que es muy de lamentar: pero, en cambio, tampoco tiene la obscenidad, como en Francia, adeptos sistemáticos, ni la revolución presta asunto á nuestros artistas para sus obras maestras. *Doña Juana la Loca*, *La Toma de Granada*, *Los Amantes de Teruel*, *San Francisco de Borja*, el *Spoliarium* y otros cuadros de relevante mérito que han obtenido recompensas en nuestras Exposiciones y han dado justa fama á sus autores, honra son del arte moderno español, y no sólo no ofenden en lo más mínimo nuestras tradicionales creencias, sino que reproducen brillantemente hechos notables de la historia patria ó de la historia humana, como muchas de las obras de Velázquez y de otros grandes genios de nuestro siglo de oro.

En la novela tenemos á Alarcón, el autor del *Escándalo*, libro que por sí solo vale más (á mi parecer) que todo cuanto se ha escrito en castellano desde el pasado siglo hasta la fecha en ese género: y tenemos al delicioso, al incomparable Pereda, al buen naturalista cervantesco, al colorista sin par que, produciendo en el lector la risa y la admiración al mismo tiempo, insinúa agradablemente en su ánimo ideas sanas y verdaderas... como pudiéramos hacerlo en el teatro, con regocijo del público, si supiéramos escribir en esa forma.

Y henos aquí de nuevo con el asunto más difícil entre las manos: el teatro y la poesía. Aquí es, en efecto, donde duele; aquí donde el influjo de la revolución y del sensualismo parecen ser incontrastables: aquí donde el público halla satisfacción á sus depravados instintos y pocas veces un estímulo á sus tendencias honradas.

Pues así y todo, recordemos algún hecho sintomático de posible mejora, y no temamos penetrar en el fondo oscuro de nuestro tiempo para ver si podemos vislumbrar un rayo de luz que nos dé esperanza de nuevas y no lejanas auroras.

La poesía refleja el estado de cada época, y las luchas, las incertidumbres y el carácter de cada generación. Así, pues, difícilmente se le escuchará á ningún poeta que, prescindiendo de la edad en que vive sueña con lo que es desconocido para el pueblo de hoy, ó con lo que no corresponde á los sentimientos predominantes. Zorrilla, por ejemplo, que era ídolo de la juventud hace treinta ó cuarenta años, porque fué el verdadero representante de nuestro *romanticismo nacional* (en nada semejante al absurdo y necio romanticismo francés), no tiene hoy lectores, como él mismo reconoce usted lamenta. ¿Por qué? Por dos razones: la primera, porque no siendo poeta de forma primorosa, sino de color, de ambiente y de gallardía, no puede quedar como dechado para la juventud, y mientras la oda á *La muerte de Jesús*, de Lista, la del *Dos de Mayo*, de Gallego, algunas de Quintana, romances del duque de Rivas, etc., se leerán siempre conservando su natural hermosura, como las obras de nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII; las poesías de Zorrilla en general se leerán poco y cada vez menos conforme nos vayamos alejando de la atmósfera circunstancial en que aparecieron, á la manera de esas flores de estufa que se marchitan ó mueren en cuanto cambian de temperatura. La segunda razón consiste en que hoy se pone todo á discusión, de todo se duda y contra todo se combate, y es fuerza que la poesía tome un carácter más hondo, más filosófico y más batallador que nunca, y en grandes síntesis y en espléndidas irradiaciones, ó pinte lo abominable de los errores modernos, como Dante pinta los espantosos abismos de la *Città dolente*, ó arrebathe el alma á las cumbres de la verdad eterna, como el mismo poeta nos lleva á las alturas del Paraíso. ¿Hay en nuestro tiempo algo que se parezca á esto, y que no haya logrado interesar al público? Pregúntesele usted á Núñez de Arce, cuyos *Gritos del combate* le colocaron en primera línea entre los poetas líricos de nuestro tiempo, sólo porque respondían elocuentemente á esa necesidad que el arte tiene hoy de parecer más bien un hacha de armas que un ramo de flores. Hanle imitado algunos jóvenes (que por cierto han obtenido los honores del triunfo en la primera jornada con una precipitación que contradice lo que usted afirma respecto de la dificultad de salir hoy á flote como Zorrilla y Selgas), pero le han imitado en sus posteriores leyendas y poemas, no en aquellos acentos byronianos con que fustigaba las licencias de la libertad ó deploraba las dudas de su alma. La religión, la patria, la naturaleza misma, ¿no puede hoy cantarse á la manera que la condición de los tiempos exige? ¿Quién lo duda! La verdad se amolda á todas las formas, lo mismo á las de Lamartine en sus *Meditaciones*, que á las de Selgas en sus delicados apólo-

gos, que á las de Manzoni, á las de Chateaubriand ó á las de Verdaguer. No hay que hablar ya de pasitos sentimentales, ni de milagros de localidad atribuidos por el vulgo á tal ó cual imagen, ni de himnos de Riego patrioterros ó antifranceses, como los que volvían locos de entusiasmo á nuestros buenos y sencillos padres; la generación presente pide otro lenguaje para cantar esas mismas cosas: que se le hable en ese lenguaje, y ella responderá; no le quepa á usted duda.

Lo mismo me atrevo á afirmar respecto del teatro. Yo he visto pocos años hace reproducirse en la escena del Español la representación de *Los Amantes de Teruel*, y, á pesar de lo mal organizado de nuestras compañías y de la escasez de buenos actores, el drama (que es de lo más hermoso del teatro moderno) producía el mismo asombro que á la generación que nos ha precedido; y también en ese teatro he visto después representarse *Un Drama nuevo* quince ó veinte noches consecutivas, con más público, y quizá con más ganancia para la empresa, que cuando se estrenó.

Verdad es que obras de esa magnitud se hacen pocas, aun por sus mismos autores, cuanto y más por los que carecemos de las altísimas dotes de Hartzenbusch y Estébanes. Pero, ¿qué prueba el éxito con que hoy se representan sino que el público está en mejor disposición de lo que se cree para recibir el trigo, aunque esté acostumbrado á la paja que se le propina? Que se ha hecho exigente á medida que se le ha corrompido, es incuestionable; pero tiene conocimiento de su corrupción y desea que se le purifique; por eso es demasiado exigente con lo bueno y demasiado tolerante con lo perverso. Hoy no serían posibles ciertos éxitos de Rubí y de Eguílaz, y son, sin embargo, posibles otros éxitos tan injustificados como aquéllos. Muchas *Borrascas del corazón* se aplauden hoy aderezadas con el tremebundo aparato de la fraseología rimbombante ó sentenciosa que está de moda. Pero es que se busca algo mejor que aquéllo, y cuando se tropieza con la *apariencia* de lo grandioso se despierta el entusiasmo creyendo que se ha tropezado con la *realidad*. En cambio, cuando la realidad se presenta como en las citadas obras de Hartzenbusch y Estébanes, el entusiasmo surge también vivo y caluroso é infinitamente más duradero.

De todo lo cual deduzco, amigo mío, por lo que toca al teatro, que si éste se reorganizara como en tiempo del conde de San Luis (*plus minusve*), y con los elementos escasos que hoy se tienen á mano se formara una compañía capaz de representar decorosamente las comedias y los dramas que se escribieran por todos los que hoy cultivan este género literario, el público, que ha acudido durante largos años al teatro de la Comedia sólo porque allí había esmero, decoro y dirección juiciosa, acudiría también al Español ó á cualquiera otra parte con igual solicitud: y aun tengo la confianza de que muchas obras del teatro antiguo bien refundidas, directamente representadas, y cuidadosamente puestas en escena, deleitarían á esa multitud que hoy se chupa los dedos de gusto con *Vivitos* y *coleando* ó con dramas *problemáticos* que sólo demuestran al fin de la jornada el extravío profundo del autor.

Desdicha será que me equivoque; pero, por de pronto, mayor desdicha será que no se intente.

VALENTÍN GÓMEZ

UNOS EXÁMENES

EL día 2 del corriente tuvieron lugar los exámenes anuales de los niños acogidos en el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús, y á ellos fuimos cortésmente invitados por las Señoras que componen la Junta de gobierno del mismo.

Poco antes de las cinco de la tarde nos personamos en el local, á cuya puerta estaba una comisión de Señoras encargadas de recibir al Excmo. é Ilustrísimo Sr. Arzobispo de Valladolid y demás personas invitadas.

Ascendimos por amplia, imperial y bien iluminada escalera, guarnecida de tiestos de perfumadas flores, que nos fueron guiando al local donde debía verificarse el acto.

Es un salón de colosales dimensiones, situado en la planta segunda del edificio, que debe servir en lo sucesivo de dormitorio. De sus paredes penden ricos, pero prestados tapices, dejando ver por la parte inferior el zócalo de azulejos blancos que rodea todas las dependencias.

De sus muros penden tres grandes cuadros al óleo, representando la Inmaculada Concepción, la Virgen de la Soledad, venerada en la calle de la Paloma,

y San Francisco de Asís, ostentándose en el fondo un precioso Crucifijo.

Enormes tiestos de flores y follaje llenaban los ángulos del salón, y la mesa presidencial estaba cubierta con tapete de raso de color oro viejo y ancho encaje de sedas de colores que, por su riqueza, demostraban no pertenecer al Asilo.

Rodeaban la mesa presidencial sillones rojos donde tomaron asiento las personas ilustradas encargadas de juzgar, y en pequeños bancos negros los alegres niños que debían ser juzgados.

Detrás de ellos y en apiñado montón, se veían las más ilustres y piadosas señoras de la Corte, luciendo ricos trajes, sin que dejara de notarse entre ellas alguna que, modestamente vestida, atraía las cariñosas miradas y respetuosa consideración de favorecedores y favorecidos.

En la pieza inmediata, en muros y mesas y aparadores, se veían los trabajos de los alumnos y el resultado brillante de los talleres.

Poco después de las cinco tomó asiento el ilustre Prelado de Valladolid, á cuya entrada los niños entonaron armonioso coro, y previa la venia de S. E. I., y la invitación del Hermano Director, uno de los acogidos, despierto niño de once años, con voz entera y clara, con gran expresión y sentimiento, dirigió al Prelado la siguiente relación:

«EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

«Hoy, señor, que por primera vez venís á honrar esta casa y juzgar los adelantos intelectuales de los huérfanos en ella acogidos, dispensad que el último de ellos, en su nombre y en el de sus hermanos; al par que os dé la bienvenida, os manifieste su profundo agradecimiento por la singular distinción que V. E. I. quiere dispensarla.

«Por nuestros directores, señor, os conocemos, pues conocemos los tesoros de virtud, de saber y de piedad que en su alma atesora el insigne Prelado vallisoletano; y al contarnos con fruición vuestros cristianos hechos, nos hicieron amar y reverenciar al que Dios inspiró para llevarlos á cabo.

«Para que á su vez V. E. I. nos conozca y nos bendiga, nos aliente y nos proteja, os relataré una historia, síntesis de la de todos los huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

«Poco tiempo ha, en oscuro, pero limpio desván, yerto de frío, miraba acogido á una santa mujer que entre harapos se extinguía... ¡Era mi madre! ¡Ella era mi única esperanza! ¡Sus besos maternales dábanme aliento! ¡Sus cuidados conservábanme la vida! ¡Sus consejos formaban mi corazón...! ¡Nadie nos acompañaba...! Mi pobre madre, haciendo un esfuerzo supremo, me atrajo á sí.

— «Sé bueno — me dijo. — Desde el cielo yo velaré por ti. Dios te amparará, pues Él me llama... Y dándome su bendición y un beso casi frío, dejó de existir...

«Rompí á llorar, y ante una pobre estampa de Dios crucificado caí de rodillas... y oré como á orar me enseñó mi pobre madre.

«Vinieron las vecinas, y lloraron y rezaron á mi lado... ¡Eran buenisimas...! pero eran pobres; tan pobres... casi tan pobres como yo.

«Agotados sus escasos recursos, me hubiera por necesidad lanzado en el camino de la ociosidad... de la ignorancia... quizá del crimen...; pero una de estas señoras, por inspiración de Dios, que había oído la última plegaria de mi adorada madre, secó mis lágrimas y se declaró con las demás señoras mi madre adoptiva, inscribiéndome en el bendito libro de los Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

«Desde aquel instante todo varió para mí; en vez de una madre hallé cincuenta, que por nosotros todos se desvelan. Ellas, Señor, cosen nuestras ropas; ellas nos alimentan y nutren nuestra alma con cristiano afán; ellas, en fin, dejando sus alegres viviendas, calientes en invierno, frescas en verano, recorren buhardillas y sótanos pidiendo una limosna para nosotros. ¡Dios se lo pagará, y nuestras madres desde el cielo pedirán por ellas!

«No contentáronse, Señor, estas nobles damas con hacernos tanto bien; en su caridad cristiana, quisieron que, al par que nuestra alma fuera iluminada con la celeste luz del Evangelio, llegaran á ella los reflejos de la luz de la ciencia.

«Enseñáronnos, por medio de nuestros Hermanos de las Escuelas Cristianas, las sublimes armonías de la Naturaleza; hiciéronnos conocer la multitud de seres con que Dios pobló la tierra, las aguas y los aires; levantaron ante nuestros atónitos ojos las capas que forman la terráquea costra, y al examinarla, Señor, nos hicieron comprender el inmenso poder é infinita sabiduría del único Creador, y la perfecta armonía de los libros santos con los resultados de la verdadera ciencia.

«Levantamos la vista y caímos de rodillas, Señor, extasiados de amor, admiración y reconocimiento,

al contemplar la multitud de planetas que el Señor lanzara bondadoso en el espacio, marcándoles la órbita que debieran seguir por el tiempo de su voluntad.

«Nos hicieron ver que todo, todo lo creado tiene su fin, menos el Creador, y que en su inmensa sabiduría nada inútil creó, que el mismo rayo que quebranta las montañas, hiende el árbol, funde los metales y anonada al hombre, sirve á éste para transmitir su voz, imprimir sus pensamientos y reparar sus fuerzas; y al saber esto, Señor, creció nuestra admiración considerando que el que tal hizo quiso nacer entre nosotros en humilde pesebre y morir en una Cruz por redimírnos, y viéndonos tan pequeños como á Él grande, llenos de entusiasta amor exclamamos: «¡Bendito seas!»

«Perdonad, Señor, mi digresión, y venid á juzgarnos; sed indulgente, pues sois sabio; dadnos vuestra bendición para que podamos corresponder á los desvelos de nuestros profesores, á quienes bendeciréis también, como á estas Señoras, nuestras segundas madres, y sed en este momento para nosotros reflejo fiel del que con tanta dulzura como amor dijo: «*Dejad que los niños se acerquen á Mí.*»

La cual terminó en medio de murmullos de admiración y entusiasmo, y acompañada de sollozos mal comprimidos de todos los concurrentes, fuertemente impresionados, no sólo por la relación en sí, sino también por la expresión de dolor y sentimiento de verdad con que fué dicha.

Siguió un precioso diálogo sobre la caridad, que fué dicho con desembarazo y escuchado con benevolencia, y después se procedió al examen de Catecismo en su primera parte, Historia Sagrada, Gramática, Geografía y Aritmética, con la explicación del sistema métrico, haciéndose mutuas preguntas sobre el Catecismo dos niños de cinco y seis años, y sobre Historia Sagrada otros dos niños de siete y ocho años, siendo de admirar la exactitud de las preguntas y respuestas, y el empeño que todos ponían en demostrar sus adelantos.

Comenzó la segunda parte del examen con un diálogo precioso entre varios niños sobre los verbos, terminado el cual, se cantó un coro en francés, muy conocido bajo el título *Connaissiez vous L'Histoire du petit Lucas*; se recitó preciosamente una fábula y continuó el examen sobre la segunda parte del Catecismo (Mandamientos), Gramática (verbos y participios), Francés, Historia de España, Geografía, Sistema métrico (moneda) y Matemáticas.

La tercera parte del examen comenzó con un himno, siguió con la Doctrina (tercera parte), Gramática (sintaxis), Aritmética, regla de tres, rentas y descuentos, á lo que siguió un diálogo sobre la presencia de Dios.

Terminados los exámenes, el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Valladolid, pronunció un breve pero elocuente discurso como sólo él sabe pensarlos y decirlos; manifestó con reposada frase y santa unción, que ya que los niños por medio de su representante le habían manifestado su deseo de que los conociera y los amara, y con benevolencia los juzgara, había de manifestarles que por la relación sabía quiénes habían sido y quiénes eran, y por el examen veía lo que sabían y adónde iban, que hijos adoptivos del Sagrado Corazón de Jesús, en él debieran fijar todas sus aspiraciones; que las Señoras sólo eran y querían ser instrumentos de este adorable Corazón, siempre abierto á los que acogidos acuden á él; que el Sagrado Corazón de Jesús es el faro de esperanza de los mortales, y en él y sólo en él pueden hallar puerto de salvación los naufragos de la vida.

Que por su estado los amaba con toda su alma, y que la bendición que le pedían para sí, para sus excelentes profesores los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y para las Señoras de la Junta, se la dispensaba amplia y gozosa, haciéndola extensiva á todos los que de cualquier modo han contribuido á lo hecho y contribuyan á lo que hay que hacer para terminar el Asilo é iglesia del Sagrado Corazón; é invocando al Supremo Hacedor, bendijo á todos los circunstantes arrodillados, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Muy conmovidos salimos de aquel acto, y terminaremos esta pequeña reseña diciendo á los acogidos del Sagrado Corazón de Jesús: seguid como hasta aquí, oyendo sumisos las enseñanzas de vuestros maestros y los ejemplos que constantemente tenéis á la vista, y llegaréis á ser honrados ciudadanos españoles, y cristianos, y orgullo noble de la casa del Sagrado Corazón de Jesús, y á los bonisimos é ilustrados Hermanos de las Escuelas Cristianas que los sirven y enseñan, y á las nobles damas que hacen y sienten cuanto el niño dijo en su discurso. Sólo les diremos, puestos los ojos en Dios, ¡adelante! ¡adelante!

UN NUEVO TEMPLO EN MADRID



RATA tarea es la del escritor católico, cuando en vez de denunciar hechos que entrañan ataques á nuestra santa religión, puede describir actos tan solemnes como el verificado el día 17 del próximo mes en el barrio de la Plaza de Toros, al finalizar la calle de Goya.

El ilustre prelado salmantino, desde el momento que fué preconizado de Tranópolis, y destinado á auxiliar del Arzobispo de Toledo, concibió la grandiosa idea de erigir un templo en Madrid al beato Alonso de Orozco, religioso agustino de gran erudición, singular piedad y virtud, dotes reconocidas por Su Santidad en 1732, y cuyos milagros merecieron la apreciación de la Santa Sede en 1873, obteniendo su beatificación en 15 de Enero de 1882.

Todos nuestros suscritores conocen la vida y hechos del beato Alonso de Orozco, y los escritos del Rdo. P. Fray Tomás Cámara, del Orden de San Agustín, nos hacen admirar y reverenciar más y más al insigne predicador de Carlos V y Felipe II, oráculo universal del siglo XVI, el que dedicó toda su vida al bien, el que tuvo la dicha de ser inspirado por la Santísima Virgen al escribir más de treinta libros llenos de sana doctrina, y por cuya mediación Dios nuestro Señor permitió se produjeran infinitos milagros.

El beato Alonso de Orozco, que nació en Oropesa el 17 de Octubre de 1500, que estudió las primeras letras en Toledo, dedicándose al servicio de la Santísima Virgen, pasó á Salamanca, donde cursó Derecho y tuvo la dicha de profesar en manos del insigne Santo Tomás de Villanueva; dedicóse á la oración, al estudio y á la predicación por España toda, fundando conventos de religiosos y religiosas en Talavera y en Madrid, y descansó en el Señor el 19 de Septiembre de 1591.

El conocimiento exacto de las virtudes del Beato, la admiración de sus escritos, y la verdad de sus milagros, movieron, como hemos dicho más adelante, al Rdo. P. Fr. Tomás Cámara, á perpetuar su memoria en esta capital, teatro de sus triunfos, y donde cesó de existir en medio de general sentimiento.

Supo con dolor que sus hijas las RR. Magdalenas Agustinas, refugiadas en la plaza de Jesús, estaban amenazadas de desalojar su pobre y mezquino convento, y quiso unir esta casa á la proyectada iglesia, dotando al mismo tiempo de cristiana escuela al abandonado barrio de la Plaza de los Toros.

Dirigióse á los propietarios del terreno donde quiso implantar su fundación, halló generosa acogida su idea, y los Sres. D. Celedonio del Val y D. Francisco de Cubas que cedieron gratuitamente su propiedad para el objeto que se proponía el virtuoso y sabio Prelado.

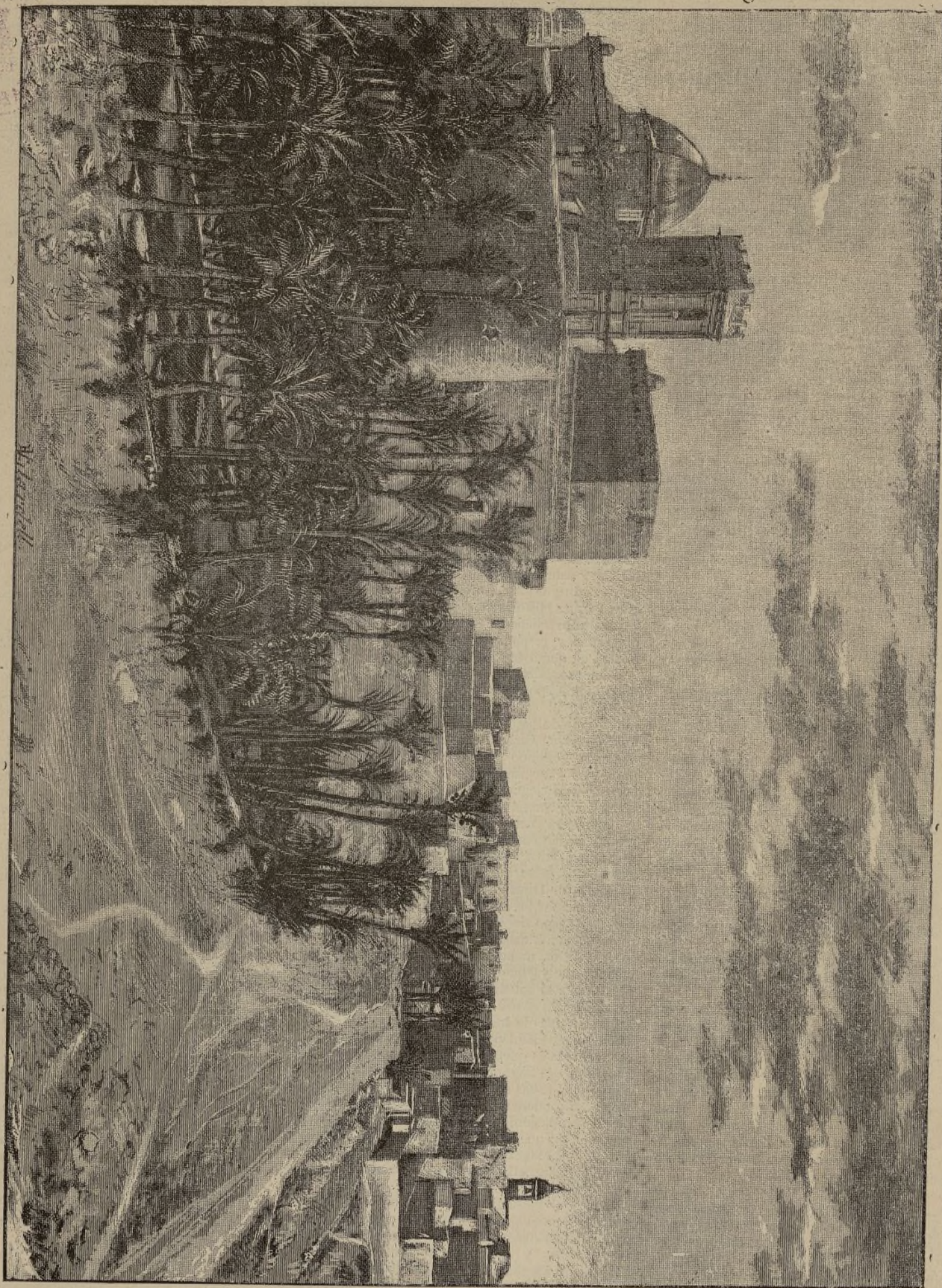
Faltaban fondos con que realizar la idea, y el P. Cámara no fué desoído en sus súplicas, ¡que el que había conquistado el corazón de los madrileños con su saber y su virtud, no podía menos de hallar simpatías acogidas para su noble proyecto! y el día 17 del mes de Junio, como llevamos dicho, tuvo lugar el solemnísimos acto de colocar la primera piedra del templo por mano de SS. MM. y A. R., asistiendo, no sólo los ilustres personajes de la corte, representantes del clero y Ordenes religiosas, si que también las más humildes clases del pueblo.

Tarea no fácil de describir nos sería si hubiéramos de relatar por extenso las ceremonias religiosas que precedieron, acompañaron y siguieron al acto de colocar la primera piedra en que estaba grabada la inscripción *Factus in caput anguli*, y que representa el grabado, pero bástanos añadir que nunca hemos acudido á un acto semejante en que más orden, recogimiento y alegría reinara.

Terminado el cual, el Ilmo. Sr. Obispo de Tranópolis, preconizado de Salamanca, al que acompañaba el venerable Prelado de Valladolid, dirigiéndose á SS. MM. y A. R. y al pueblo todo, con conmovida frase pronunció estas ó parecidas palabras:

SEÑOR:

Nuestra Santa Madre la Iglesia, en sus rúbricas del Pontifical me indica concluya esta sagrada ceremonia exhortando á los fieles á contribuir con sus limosnas para levantar la fábrica comenzada. Pero si me es grato deferir á las insinuaciones de Madre tan discreta y cariñosa, y recomendar á la piedad de mis oyentes esta obra modesta que hoy inauguramos con tanta honra, es más grato y dulce al corazón confesar noblemente que no me toca hoy tanto pedir cuanto dar gracias á VV. MM. y AA., al católico pueblo madrileño, por su caridad inagotable. En esto debo demostrar mi agradecimiento en nombre de la Iglesia, del ínclito beato Orozco, de sus



ELCHE Y SUS PALMERAS.

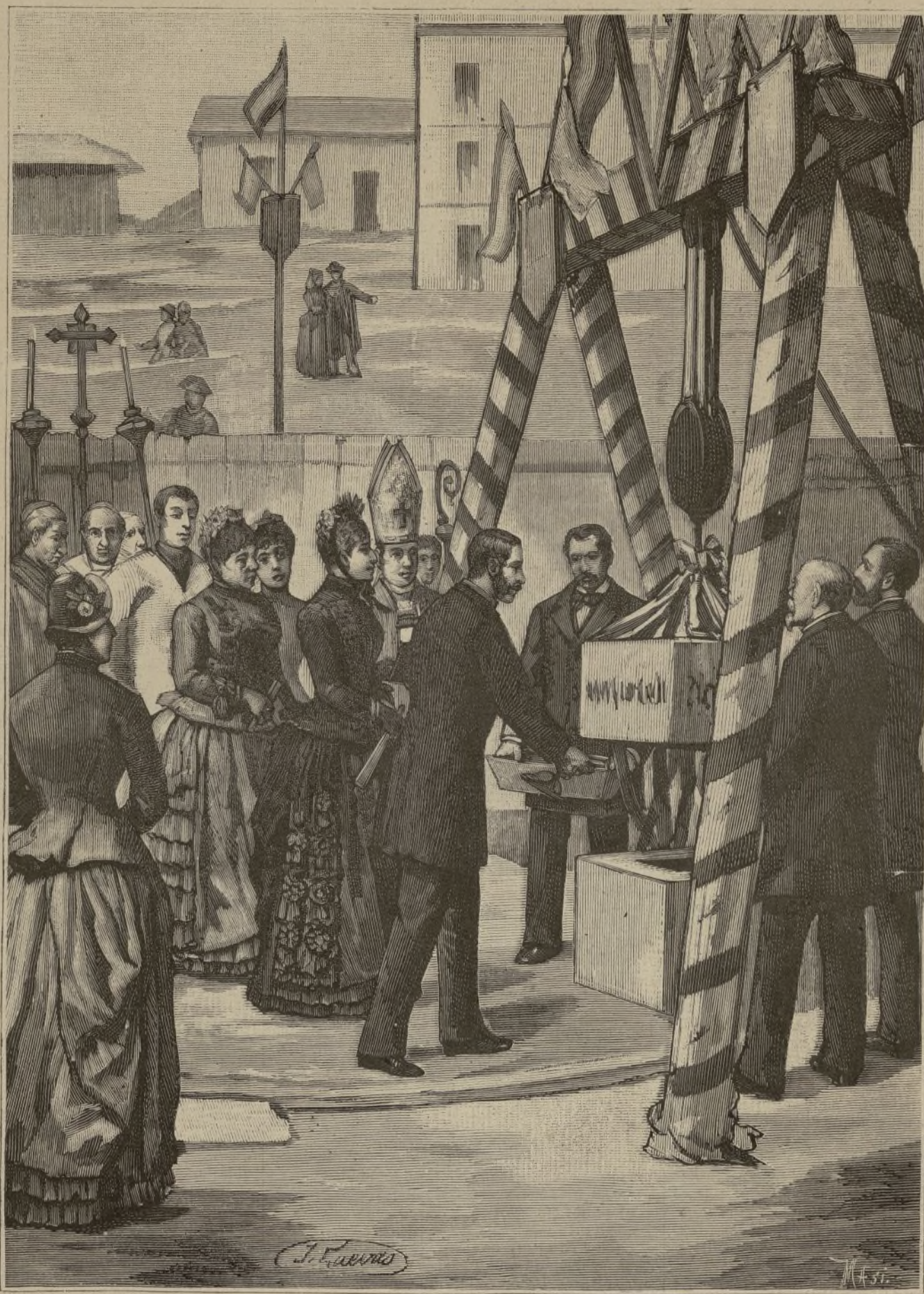
hijas, de los favorecidos habitantes del barrio, en nombre también de la instrucción, en esto quisiera ser largo, y demostrar nuestro profundo reconocimiento por la alta honra dispensada en colocar la primera piedra, tanto material como formalmente. VV. MM. han tenido placer en cooperar como á todas las obras buenas de su pueblo, también á traer la instrucción y el consuelo religioso á esta zona de Madrid, dando pruebas de que el Trono es siempre la protección y amparo de toda idea buena y generosa. De esa suerte se asocian al movimiento y la pujanza de la verdad católica. En tiempos nos hallamos, de que los enemigos de nuestro nombre destruyen y desmoronan: no importa; la falsedad y la muerte no tienen otro oficio que el de arrancar y

destruir; pero toca á la verdad y á la vida plantar y edificar. Los filósofos convienen, que es prenda esencial y característica de los seres vivientes el movimiento intrínseco; pues he aquí que el catolicismo solo, aislado se mueve en todos los lugares y tiempos creando y edificando. Somos la vida, somos la verdad, otros vendrán á demoler nuestras obras ó á anidar en ellas; aquellos son, ó la guadaña de la muerte, ó el animal parásito.

Católicos: ya sabéis la manera gallarda de hacer ostentación de vuestra fe y vuestra vida. Y no lo dudo, Señor; las obras católicas han de recibir vivo impulso. Seguro estoy de que con tan eficaces ejemplos, antecesores vuestros, esplendor del trono de España, habrán gozado desde el cielo, viendo á

V. M. honrar el monumento que se alza á la bendita memoria de su querido el beato Orozco, tan venerado de los Carlos y los Felipes, las reinas y princesas de su tiempo. En nombre de ellos, y otra vez también del insigne Santo de San Felipe el Real, fecundo y piadoso escritor del siglo de oro, paño de lágrimas de los madrileños; recibid, por tanto honor y caridad, las gracias más expresivas: Él añada además el favor y bendiciones del cielo para VV. MM. y AA., y los bienhechores de su obra.

Cuyo discurso fué acogido con singulares muestras de admiración por todos los concurrentes, entre los cuales vimos á la Duquesa de Híjar, Marquesas de La Laguna, La Roca, Medina de las Torres, Nájera, Condesa de Peñaranda de Bracamonte y



ACTO SOLEMNE DE COLOCAR LA PRIMERA PIEDRA EN LA IGLESIA DEL BEATO OROZCO.

otras que no podemos recordar; y entre otras, las señoras Doña Teresa y Doña Mercedes de Orozco, parientes del Beato, del Val, Cubas, Aguado, Saiz, Azaola, López, viuda de Vinuesa, Suárez, viuda de Moreno, Repullés, y otras, Comisiones de los Padres agustinos, jesuitas y escolapios, y los señores curas de San José, San Lorenzo y San Luis, y multitud de eclesiásticos.

El templo dedicado al beato Alonso de Orozco, tendrá unos 350 metros cuadrados de extensión, y su fachada mirará al Mediodía, estando situado al Oeste la parte de convento, y al Este la escuela y huerto, y confiados los planos y dirección al ilustrado arquitecto D. Juan Bautista Lázaro de Diego; podemos esperar que el nuevo templo ha de ser uno de los que más honren al católico pueblo de Madrid.

Antes de concluir, nuestros suscritores nos han de dispensar les recordemos que, haciéndose esta

obra sólo de limosnas, y siendo título de gloria para Madrid la terminación del templo dedicado á un venerable que murió en esta Corte y que en ella brilló por su saber y santidad, y donde prodigó á manos llenas consejos, consuelos y beneficios, todos debemos ayudar al alcance de nuestra posibilidad para que se termine pronto y poder en ella elevar á Dios nuestras plegarias para bien de la Religión y de la patria.

AURORA

Á MI DISTINGUIDO AMIGO D. M. P. V.

II

Quise haber vuelto el domingo siguiente, pero no me fué posible por haber caído enfermo, lo que

en mí no era cosa rara, pues padecía á menudo de fuertes dolores de cabeza. Ello es que quince días después me entregó la patrona dos cartas que acababa de recibir. Una era de doña Isabel, en la que mostraba su extrañeza ante mi inconcebible olvido, y me suplicaba que no dejase de ir el mismo día por la noche con objeto de estar presente al amanecer del otro, en cuya hora tendría lugar el casamiento de los jóvenes pescadores, los cuales me invitaban por su conducto, haciéndose igualmente eco de los deseos de sus padres. Mucho me agradó esta carta, y desde luego me dispuse á acceder á lo que se me pedía, con tanto más gusto, cuanto que al día siguiente era domingo. Abrí la segunda carta y me quedé absorto al leerla. Era de un buen señor, residente en Vigo, que me había dado pruebas de estimación y de interés afectuoso. En ella me decía que con el objeto de tratar de un asunto de la mayor importancia para mí, pues acaso dependiera

de él la ventura de mi vida, era preciso que inmediatamente me pusiera en camino, advirtiéndome que si lo demoraba, es decir, si hasta la tarde del domingo no estaba en su casa, que dejara entonces de ir, porque ya habría pasado la ocasión y la hora.

Preocupado me dejó esta carta, dando vueltas á mis pensamientos sobre lo que aquello pudiera ser; mas como no podía entretenerme, porque el tiempo volaba, me fui, un pie tras otro, al declinar la tarde, por el poético paseo que conducía á Vigo, pensando entonces que al día siguiente, después de terminada la boda, me embarcaría en el Ulló para aquella ciudad y famoso puerto. Empezaba el mes de Junio; y aun cuando en Galicia no suelen dominar el calor ni el frío, había apretado el sol con fuerza, de modo que al retirarse éste se sintió con gana el consuelo que produce el aura de la noche, dádiva reparadora del bochorno del día. La luna brillaba en un cielo sin nubes, tachonado de innumerables estrellas; y entre el cántico dulce y triste de los trabajadores y campesinos que se retiraban á sus hogares, el zumbido de las carretas y el monótono y agudo rumor de los grillos y las ranas, iba yo, imberbe rapazuelo, pensando como siempre en un mundo más bonito y más á mi gusto, donde sólo se escuchaban arrobadores arpegios y suaves músicas y otras simplezas y majaderías por el estilo.

Cuando llegué al Ulló me esperaba el Sr. Anselmo, tan afable y tan cariñoso como siempre.

— ¡Hola! — me dijo estrechándome la mano. — ¿Qué ha sido de usted? ¿Ha estado usted enfermo? Le revelé la clase de dolencia que yo sentía á menudo; así es que no podía ofrecerme nunca para nada.

— ¡Por cien mil pares de diablos! — exclamó el buen viejo; — en verdad que está usted divertido; pero es usted un muchacho, y los aires de este país le han de probar á usted á las mil maravillas. Procure usted no trabajar mucho de aquí, añadió señalando á la frente, ni amilanarse por ninguna cosa; buenos paseos por el campo y por el mar, y déjelo usted, que ya se pondrá usted fuerte.

— Gracias doy á usted por el consejo, que con puntualidad seguiré.

— La experiencia y la práctica de la vida valen más que los mejores libros; ya estamos cerca de casa. ¿Recibirá usted la carta de la señora?

— La recibí, y me alegraría mucho que estuviera aquí.

— La va usted á ver; hoy no se marchará hasta más tarde; pero aquí viene acompañando á toda la familia. Ya nos han visto. ¿Oye usted lo que dicen?

Doña Isabel, Aurora y Domingo se acercaron con la mayor ligereza, dejando atrás á los padres y á otros muchos colegas de profesión.

— Vamos, caballerito — dijo Doña Isabel, — que se hace usted desear.

— Quien mucho valé... — añadió Aurora; — y luego para venir á las incómodas cabañas de unos miserables pescadores...

— Me ofende usted — no pude menos de decir; — si me conociera usted no me diría eso. He estado muchos días malo, porque suelo padecer á menudo de ataques nerviosos á la cabeza. En medio de mis dolores me he acordado de ustedes sin cesar, y hubiera venido más á menudo si no fuera por esa circunstancia. Mis palabras son hijas del corazón, y espero que hallen indulgencia en el de ustedes.

— ¿Qué hacemos? — preguntó Aurora á doña Isabel y á su novio; — ¿le perdonamos?

— Por mí... — contestó la dama de Redondela — me doy por convencida, porque este caballero tiene fama de ser muy formal á pesar de sus pocos años.

— Hasta aquí llegó esa fama — añadió Domingo; — por lo tanto, mereciendo nuestra simpatía, opino que se le reciba con los brazos abiertos.

— Pláceme por demás eso — dije yo contaminado por la franca alegría de los virtuosos amantes, y espero que doña Isabel empiece por tenderme los suyos.

— No hay ningún inconveniente — repuso ésta; — así como así, le quiero á usted como si fuera hijo mío.

— Es mejor que le echemos la absolución — dijo Aurora, y añadiendo la acción á la palabra me bendijo con entera formalidad, excitando la risa de todos los concurrentes.

Grande fué asimismo la alegría que sentí en esa noche. La naturalidad y el halago de aquellos infelices, entre los que no se oía una palabra malsonante ni aun el menor epigrama soez, me obligaba á estar entre ellos con más gusto que en el más lujoso gabinete de la corte rodeado de aristócratas y palaciegos, de cuyos labios saldrían burlonas y sangrientas sátiras. Preparóse la mesa y nos pusimos á cenar, menos doña Isabel, que esperaba su coche de un momento á otro. La cena no tuvo nada de

frugal, y á los postres destapáronse unas botellas de Jerez y marrasquino.

— Brindo — dije yo levantando mi copa — por la felicidad de los novios á quienes me cabe la satisfacción de tratar, y haga el cielo que nunca la empañe la más ligera nube, para que sus padres y sus amigos disfrutemos también de ella.

— Y yo brindo — dijo el amante de Aurora — por su salud y por su dicha, y que siempre nos veamos y siempre nos apreciemos.

— Ahora me toca á mí ¡voto al demonio! — repuso el anciano Anselmo; — brindo porque el Señor conceda á mis pobres hijos la ventura que apetecen, y que sea tan larga y duradera, que cuando la muerte cierre nuestros ojos, la tranquilidad nos sonría y bendigamos á Dios por habernos concedido el placer de verlos felices.

— Yo también quiero brindar — dijo Aurora: — pido á la Virgen bendita que no desampare á los pescadores y marineros á quienes muchas veces sorprenden los temporales en el inmenso mar; que oiga á mi buen padre, y que se cumpla cuanto éste dice, que vale más que el oro y las riquezas del mundo: vivir pobres y contentos, es superior á ser poderosos y desgraciados. Brindo por la Santa Virgen, estrella de los mares; brindo por la protectora de los pobres, la simpática doña Isabel; brindo por mis padres y mis compañeros, y por este cariñoso amigo á quien ruego nos dedique una poesía.

Sonoros y espontáneos aplausos acogieron este brindis. Recuerdo que en una hoja de mi cartera escribí los siguientes versos:

Una virgen seductora
Que entre conchas se escondía,
Su plegaria al cielo envía
Al renacer de la Aurora.
Con fe ama y con fe implora,
Y del mar en el furor
Ve brotar un resplandor,
Iris que baja del cielo,
Esa es la luz del consuelo,
Esa es la luz de su amor.

La perla del Ulló conservaba esta décima como una joya inestimable, á pesar de lo poco que valía. En esto llegó el carruaje de doña Isabel, y la salimos á despedir todos.

Los dos fuimos hablando, no sin mirar antes el coche, que parecía por su remota fecha á aquellos vehículos de cuatro asientos grandes y pesados. Sólo los dos caballos eran jóvenes y de buena estampa, mas en el fondo del carruaje creí ver una sombra, una figura, unos ojos rasgados que lucían como dos estrellas. Volví á mirar para cerciorarme con seguridad de lo que veía.

No se escapó este ligero examen á la penetración de doña Isabel.

— ¿Qué ha descubierto usted? — me preguntó con una sonrisa muy triste.

— Señora, unos bellos ojos que despiden centellas.

— ¿Creerá usted que son de alguna huri?

— No lo sé, si usted no me lo dice.

— Más adelante.

— ¿Por qué no ahora?

— Porque me causa mucha pena.

— ¡Señora!... Sentiría en extremo... mas dispénsese-me usted una pregunta. ¿No tiene usted hijas?

— No.

— ¿Hijos tan sólo?

— Uno.

Callé y en el mayor silencio caminamos por algunos momentos. Dirigí la vista á doña Isabel, que estaba triste, y cuál no fué mi sorpresa cuando vi desprenderse una lágrima de sus ojos.

— ¿Qué es eso? ¿Llora usted? — le dije — ¡ah! Mi curiosidad importuna ha sido causa... No me atrevo á preguntarle á usted nada. Sólo le suplico á usted que me perdone.

— ¿Por qué? ¿Acaso usted tiene la culpa? Bien se lo decía yo, pero ya no tiene remedio. Si me da usted palabra de no contarla á nadie...

— Señora, poco expansivo y nada hablador me llaman muchos. Puede usted confiarme el mayor secreto, en la firme inteligencia de que morirá conmigo.

— Así lo creo. Pues bien. Esa persona que ha visto usted en el fondo del carruaje, es... ¡mi hijo!

— ¡Su hijo!

— Tiene veintitres años, es alto, hermoso, de gran corazón, de mucho juicio, y una pasión sin esperanza hace más de un año le tiene triste y en el mayor abatimiento.

— Pero la persona á quien ama...

— ¡Ay! Usted no sabe...

— ¿Algún obstáculo, algún impedimento de familia...?

— Nada de eso.

— ¿Cómo entonces no vencer esas dificultades?

— Es imposible.

— No comprendo.

— La persona de quien está apasionado mi hijo, repuso doña Isabel bajando la voz, se llama... Aurora.

— ¡Aurora! ¿Esta que se va á casar?

— La misma. Por aquí puede usted calcular cómo estaré yo. Conque hasta mañana, no quiero que pasen ustedes de aquí. Le advierto que no se olvide de aquel encargo que le hice á usted.

— El averiguar á quién debe usted la vida.

— Veo que tiene usted buena memoria.

— Haré cuanto pueda por complacerla.

Doña Isabel se despidió de todos hasta el amanecer del día siguiente, y apretándose con efusión la mano, se metió precipitadamente en el carruaje, que desapareció bien pronto de vista entre las sombras de la noche.

(Se continuará.)

VICENTE ASPA.

UN MANUSCRITO INÉDITO DEL P. RIBADENEIRA

VIDA

DE DOÑA ESTEFANÍA MANRIQUE DE CASTILLA, FUNDADORA DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

CAPÍTULO VII

De su obediencia.

ERO más mostró ésta su humildad en la obediencia que tuvo á sus superiores. Porque en ellos reconocía á Dios, y por el bajo concepto que tenía de su propio juicio, y también porque le parecía que es de bajos entendimientos, y de poca prudencia, fiarse de su propio parecer y quererse gobernar por sí, y no menos porque como ella había deseado tanto hacerse Religiosa en el monasterio de descalzas de Madrid, y vivir en perpetua castidad, pobreza y obediencia, con las otras santas Religiosas, que en él vivían, y lo dejó de hacer por parecer de su confesor, y de los otros teólogos, como dijimos arriba, procuraba de guardar estos votos en su casa y de la manera que podía; y por esto guardaba tan exactamente la pobreza en cuanto podía, y se sujetaba á las personas que tenían alguna manera de superioridad sobre ella, como fueron su madre, su hermano y su confesor.

A su madre guardó una obediencia tan perfecta, como la pudiera guardar una religiosa á su Prelada, cumpliendo enteramente su voluntad aun en las cosas más pequeñas y mínimas, si no en aquellas, en que se atravesaba el servicio de Dios, como en no casarse, y en no traer galas, y cosas semejantes; y cuando se desviaba de la voluntad de su madre era siempre con singular respeto, sin jamás responder una palabra áspera, desentonada, y libre ni excusarse cuando la reñía, ó se enojaba, aunque no tuviese culpa; y por no afligirla demasiadamente y acaballa la vida dejó de ser Monja, y no mudó, como deseaba, el traje de doncella honesta, mientras que su madre vivió; á la cual acompañó, sirvió y regaló, como hija amantísima á su madre, y como esclava á su señora, hasta que el Señor se la llevó al cielo, quedando Doña Estefanía desabrigada con su muerte.

Después de la muerte de la madre, estuvo en compañía de Don Pedro Manrique, su hermano mayor, comiendo en su cuarto aparte; y aunque le quería entrañablemente como á hermano, le obedecía como á padre, sin contradecirle ni mostrar más voluntad de la que su hermano quería; y con esta sujeción y rendimiento le ganó para Dios, de manera que él no tenía otra voluntad que la de su hermana, y se conformó por darla gusto en disponer de su hacienda con ella, como adelante se verá. Pero lo que más Doña Estefanía estimó fué atraer á su hermano y apartarle totalmente del camino que había traido, menos cuidadoso de su salvación como caballero mozo y metido en tantos peligros y ocasiones, aunque no roto y escandaloso, si menos perfecto de lo que ella quisiera. Y así tocado de Dios, y movido del gran ejemplo de su hermana, que por medio de sus penitencias, lágrimas y oraciones, quiso su Divina Majestad darle luz, y consolar con tal gozo á su hermana que tan afectuosamente intercedía por su hermano, se le rindió y trajo á sus pies, donde á solas le habló con lágrimas y notable sentimiento del descuido que hasta allí había tenido en el servicio de Dios; y como si tratara con su confesor le dio parte de su conciencia con notable humildad y sumisión, pidiéndola consejo y dirección así para desenredarse de lo presente que le molestaba, como para restaurar lo perdido y prevenir lo futuro, y conseguir su salvación. La piadosa hermana le consoló con maravillosa destreza y luz divina que le ayudó y guió de suerte que él quedó muy alentado, y con

firmer propósitos de caminar en el servicio de Dios, y ella sobremanera consolada de ver á su hermano con tal disposición, y reconocidísima á su Dios de tal beneficio.

Después de muerto fué tan grande la obediencia, y respeto que le guardó, escudriñando y investigando su voluntad, por haberla dejado poder libre para que hiciese testamento por él, que cumplió enteramente todo lo que entendió que había sido voluntad de su hermano, gastando en menos de un año 23.000 ducados en cumplir su testamento, y añadiendo voluntariamente algunas cantidades para el bien del alma de su hermano.

Pues qué dire de la obediencia que en las cosas de su alma tuvo á sus confesores, tomando su consejo como voz de Dios, sin apartarse un punto de los que ellos les decían? y confesor hubo que conociendo los grandes dones que Nuestro Señor había dado á Doña Estefanía, y que él la llamaba á la perfección, y ella oía su voz y corría con gran fervor tras la fragancia de los divinos olores, la mortificaba terriblemente, admirándose por una parte de su fervor, y teniéndola por un ángel en la tierra, y por otra alentándola, y soltándola la rienda para que corriese más. Y es cosa que admira el considerar esta obediencia á sus confesores, no sólo en lo que toca á su mortificación y penitencias, de que ella gustaba tanto, y siempre deseaba hacer más, sino que en espacio de treinta y seis años nunca quiso comulgar de ordinario más que dos veces por semana, sólo porque su confesor al principio le dijo que esto bastaba. Y con ser persona tan recogida y tan santa, y que recibía del Señor muchas y particulares mercedes en el sacramento de la Comunión, nunca se atrevió á comulgar un día tras otro; y cuando la decían por qué no comulgaba más á menudo, como lo hacían otras y en ella había tan grande ganancia? ella respondía que estaba muy contenta por recibir dos veces en nueve días á Cristo Nuestro Señor; y comulgar muchas veces cada día espiritualmente, en las misas que oía.

Y no se contentó esta Señora de guardar por humildad la obediencia á sus confesores, hermano y madre, como se ha dicho, sino que para más humillación suya y dentro de su casa dió su obediencia á una criada suya, á quien por su mucha virtud tenía por hermana y compañera. A ésta con gran secreto la pedía lo que había de hacer; y cuando había de ir á comer, á cenar, ó hablar con alguna persona ó hacer otra cosa particular, se hincaba de rodillas, sin que nadie la pudiese ver, y la pedía licencia para hacerlo y la besaba la mano con mucha humildad como si fuera su Perlada, queriendo por este camino humillarse más y agradar más á Dios y no perder en cuanto pudiese los tesoros y seguridad que se hallan en la obediencia. Y cierto la criada era tal que merecía que Doña Estefanía, habiendo de hacer esto con alguna, lo hiciese con ella.

CAPITULO VIII

De su caridad.

Toda esta obediencia tan perfecta era efecto de su humildad, y del propio conocimiento y aborrecimiento de sí misma, que fué el primer efecto que por medio de la oración obró Dios con Doña Estefanía; y sobre este cimiento de la profunda humildad edificó la torre de todas las virtudes y especialmente la de la caridad, que es madre, reina y vida de todas, y voló á lo más alto de la perfección, y alumbrada y guiada de la misma luz conoció que Dios por su ser infinito é inmensa bondad merece ser amado infinitamente; y ella procuraba emplear en este amor divino todas sus fuerzas con el mayor ahínco y fervor que le era posible, desechando de sí cualquier cosa que la pudiese entibiar de este amor, y procurando y abrazando las que le pudiesen ayudar y encender más en el servicio de su amado, buscando con gran cuidado en todas las cosas la gloria del Señor y deseando intensamente que los demás hiciesen lo mismo.

De este amor nacía la alegría que sentía su alma cuando la decían algún buen suceso tocando al servicio y gloria de Dios, que era tanto, que se le echaba de ver en el rostro luego y en el semblante; y al contrario se afligía grandemente cuando oía cosas en ofensa á Dios, ó algún mal suceso; no gustaba que nadie la hablase entonces si no era cosa que no la podía excusar; y con mucha brevedad y voz baja despedía á quien la hablaba. Para la santa comunión se aparejaba con mucho cuidado no cenando la noche antes, sino haciendo una estrecha colación, y dormía aquella noche con un cilicio muy áspero, y en la mañana se estaba de rodillas muy despacio, aparejando antes de la Comunión su alma para recibir al Señor, y después haciéndole gracias

por haberle recibido, y continuándolas en su casa por largo tiempo.

Oía todos los sermones que se predicaban todos los días de fiesta entre año en la Compañía con grande atención y particular reverencia, sin hablar una palabra en ellos; y faltándole el oído, por no perder el sermón se sentaba junto al púlpito entre la gente común; y nunca la oyeron decir mal de sermón alguno, porque de todos procuraba sacar provecho, y no deseaba oír cosas curiosas sino útiles para su alma. Finalmente, cualquiera cosa, por pequeña que fuese, que tocaba al trato y gloria de su amado era para Doña Estefanía de sumo precio y con ella se entretenía y regalaba, porque para ella no había otra gloria sino pensar, y hablar de él ó con él, con tan grande atención y acatamiento como si le tuviera presente y le viera con los ojos. De este amor tan intenso y tan encendido que tuvo á Dios, se encendió en ella un abrasado y fervoroso deseo de la puridad de su alma para amar más á Dios, y agradarle más, y recibir en ella como en un limpio y lucidísimo espejo los rayos de su divina luz y los encendimientos de su soberano y casto amor. Huía más que del fuego no solamente de cualquier pecado mortal, en el cual se entiende por buena vía que nunca cayó en su vida, sino también de los veniales se guardaba con sumo cuidado y diligencia. Y Dios que la había escogido para esposa regalada suya la adornó de una tan rara y angélica pureza que los Confesores que muchos años la confesaron afirmaron que nunca tuvo pensamiento deshonesto y culpable en su alma, ni movimiento feo en su cuerpo; y con todo eso se lloraba como la mayor pecadora del mundo, y se afligía con la aspereza que dijimos arriba, por haber gastado inútilmente los años, que gastó en palacio, embelesada y entretenida en los gustos del; los cuales sentía que hubiera podido emplear mejor en algún monasterio, y servir al Señor con el cuidado que sirvió á la Reina. Tantas eran las llamas del amor divino con que ardía y no podía reposar su corazón.

(Se continuará.)

CARLOS WILLIAN SIEMENS

(Continuación.)

UNA de las más grandes dificultades de la telegrafía submarina consiste en el arte de las juntas. Siemens inventó una junta que se usa aún. Se comprenderá la trascendencia de este procedimiento cuando se diga que un cable trasatlántico cuenta á veces más de dos mil soldaduras, y que si una de ellas faltara, perturbaría las comunicaciones.

Este hábil ingeniero ha propuesto varios modelos de cables, uno de ellos en el que juntó la Francia y Argelia; una banda exterior flexible é inalterable defendía la gutapercha de los ataques del agua del mar, y la protegía contra las asperezas del fondo; pero, desgraciadamente, resultó demasiado pesado. Siemens construyó para el Gobierno italiano otro cable inventado por él; en este cable el conductor está hecho de alambres de acero; el acero posee una propiedad muy notable: la tenacidad; pero su conductibilidad es muy ligera, y es necesario darle una fuerza seis veces más grande que al cobre para obtener los mismos resultados eléctricos, de donde se sigue que el conductor es mucho más pesado. Además, aumentando la inducción con la extensión de la superficie puesta en contacto con la jarreta, es necesario aumentar proporcionalmente la materia aislante para llegar á idénticos resultados. Estas son las desventajas que resultan del empleo del acero, y así, el cable que hemos descrito no ha podido echarse más que en aguas poco profundas y en playas muy cercanas. El aluminio es el metal que conviene mejor; pero su elevado coste ha sido hasta aquí un obstáculo insuperable para su empleo.

El rayo es un terrible enemigo para los cables: una tempestad que descargó en Jersey hirió al conductor en su parte aérea; el fluido atravesó los aparatos y siguió la línea submarina en una longitud de 28 kilómetros; se escapó al fin á través de la envoltura aislante, y dejó inservible el cable. Es necesario, pues, proteger los cables por medio de pararrayos, y también fué Siemens el primero que presentó la solución de este problema. Su pararrayos consistía en dos placas de metal cubiertas con una ligera capa de barniz. Una de estas placas comunica con la tierra, la otra con el circuito de hilo; están simplemente sobrepuestas la una á la otra, y algunas calas aislantes las mantienen á una ligera distancia. La descarga de electricidad atmosférica pasa fácilmente á través de la capa de aire, y la chispa ondea entre las rugosidades de la placa. Este pararrayos

sencillo y económico se pone al pie del primer madero que junta el cable con la línea terrestre ¹.

Siemens, en 1875, trató de determinar la velocidad con que la electricidad se propaga en los conductores. Wheatstone había ya emprendido la resolución de tan grave problema, y había encontrado una velocidad de 463.000 kilómetros por segundo en un hilo de cobre; pero Guillemin y Burnouf habían observado una velocidad mucho menor, pues según ellos, no era más que de 180.000 kilómetros; y Kirchhoff, empleando la teoría, había llegado á un resultado mucho menor. En fin, varios físicos estimaban que no se podía decir con seguridad nada de la velocidad y de la propagación del fluido eléctrico. Era necesario, pues, volver á estudiarlo.

El método de Siemens descansa en el empleo de dos condensadores aislados, cuyas armaduras exteriores comunican entre sí por medio de un arco metálico. La armadura interior del primero tiene una punta metálica; la armadura del segundo está unida á una armadura idéntica por un circuito de longitud determinada. Estas puntas están dispuestas enfrente una de otra, contra un cilindro metálico que gira. Este cilindro tiene un baño de negro de humo y está sujeto á la tierra. Le descargan simultáneamente los dos condensadores, poniendo en comunicación con la tierra el arco metálico de unión; la electricidad de las armaduras interiores se encuentra entonces libre, y se escapa por las puntas y por el cilindro registrador, sobre el cual marca un punto. Si el cilindro estuviera en reposo, las dos marcas se encontrarían sobre una misma generatriz; pero poniendo en movimiento el cilindro, se observa entre las marcas un cierto intervalo por el cual es fácil deducir el tiempo empleado por la electricidad para recorrer entre el circuito comprendido entre la botella y el punto de descarga. Este procedimiento permite observar hasta una cienmilésima de segundo y no cede en nada al espejo giratorio de Wheatstone.

Siemens creía que la velocidad con que se propaga la electricidad debe ser proporcional á la conductibilidad específica del conductor; pero al operar la descarga á través del hilo de algodón mojado no pudo demostrar el intervalo de tiempo transcurrido entre la descarga directa y la que se efectuaba á través de este conductor tan resistente. El mismo resultado obtuvo con un tubo de cautchouc de 30 metros de largo, lleno de una disolución de sulfato de zinc. Resultaba que la velocidad con que se propaga la electricidad era independiente de la resistencia específica del conductor. Por otro lado, los experimentos hechos en circuitos telegráficos de gran longitud parecían demostrar de una manera que no dejaba lugar á dudas que los intervalos observados eran proporcionales á la longitud de los hilos. Así, pues, el retardo medido era de 125 millonésimas de segundo en una línea de 25.560 metros, y de 30 millonésimas en otra línea de 7.350 metros. Los retardos no eran proporcionales á la capacidad de las dos líneas iguales á 0,15 y 0,06 microfaradas ². En resumen, las leyes de Kirchhoff no se confirmaban; la ley de proporcionalidad de los retardos al cuadrado de la longitud no se verificaba, y los retardos observados eran mucho más grandes que los que resultaban del tiempo empleado en cargar el cable. Nuestro sabio electricista sacó en consecuencia que había realmente velocidad en la propagación de la electricidad ³.

El trabajo que acabamos de analizar no ha resuelto completamente la cuestión; pero contribuirá á establecer la teoría de la trasmisión de los signos telegráficos. Los fenómenos complicados que acompañan al envío y á la interrupción de las corrientes en los hilos conductores, son, en efecto, una consecuencia de la manera de propagar la electricidad.

La resistencia de los cables se valuaba hasta estos últimos tiempos según una unidad práctica, á la cual había dado Siemens su nombre. Había escogido por tipo la resistencia de un cilindro de mercurio puro á 0°, que tenía un metro de longitud y un milímetro cuadrado de sección; su valor era igual á 0,954 ohm; equivalía á la resistencia de un hilo de cobre de 113 metros de largo sobre 1,9 milímetros de diámetro á 15°. La resistencia del aislador, lo mismo que la del conductor, se determinaba por medio del galvanómetro diferencial. Este método, sumamente sencillo, fué empleado durante mucho tiempo por Siemens; servía de base á las pruebas

¹ La mayoría de los apuntes que preceden están tomados del *Manual de telegrafía práctica*, por M. Blavier, y del *Manual de telegrafía submarina*, por M. Temar.

² Para mejor inteligencia de estas medidas, puede ver el lector el estudio sobre *Les unités électriques* publicado en la *Revue des questions scientifiques* de Bélgica en el número correspondiente al mes de Abril del año 1882.

³ *Annales de Poggendorff*, CLVII, 309, 1876.

eléctricas á que se sometía el cable en el período de su construcción y en el acto de colocarle.

Así, pues, la telegrafía submarina debe una parte de sus adelantos á sir William. Hablemos, para concluir, del curioso *bathómetro* destinado á medir las profundidades del mar en los abismos donde la sonda es insuficiente; con este aparato se han podido determinar los contornos que afectan el perfil del fondo del mar en el trayecto que recorre el cable trasatlántico. Este instrumento descansa en el principio de que la intensidad de la pesadez varía con la densidad de las capas subyacentes; la densidad del agua del mar es de casi una unidad, mientras que la densidad media de las partes sólidas que forman la corteza terrestre es de cerca de tres; resulta, pues, que el espesor de la capa líquida ejerce una gran influencia sobre la acción total de la pesadez, medida al nivel del mar. El *bathómetro* es un verdadero dinamómetro, con el cual las fuerzas de la pesadez sobre una columna de mercurio se miden por las inflexiones de un diafragma elástico de acero. Se evita la corrección relativa á las variaciones de la presión atmosférica, sometiendo las dos extremidades de las columnas á la acción del diafragma; no resta más que tener en cuenta la influencia de la latitud.

Este instrumento fué instalado primeramente en el *Faraday*, y fué observado en los diferentes viajes que hizo este buque, empleado especialmente en la colocación de cables. Las observaciones que se hicieron, comparadas con las sondas ejecutadas con el aparato de alambre de acero de Thompson, resultaron completamente idénticas. Conviene advertir que el *bathómetro* da la profundidad media de una superficie cuya extensión está en relación con la profundidad. Con él se ha descubierto el extremo perdido de un cable, por el conocimiento de la profundidad del mar en el sitio donde este extremo se había perdido. Este instrumento está llamado á prestar grandes servicios á la marina.

(Se continuará.)

POLVOS Y LODOS

Legenda original

DEL PADRE LUIS COLOMA, S. J.

(Continuación.)

Y por aquí le salió la pepita á la gallina, caballeros... porque á la otra noche me estaba afeitando pa dir á los italianos, cuando se me entra por las puertas un monsiú Coliflor (Colfleur) que era chalán (chambellán) del Emperaó, más flaco que el San Jerónimo de Moya.

—¿El señó Pencas? me dijo.

—Para servir á usted, amigo, le contesté.

Y sin salir de un ladrillo, me jizo entonces más de veinte cortesías... Empieza mi Coliflor con señó Pencas arriba, señó Pencas abajo, y que patatín que patatán, saca cuatro billetes de á mil francos, y me los pone en la mano, diciendo que aquello me mandaba el Emperaó, en pago del traje que le había regalado al chiquillo.

—¡La sangre se me subió á la cabeza, caballeros...! porque me pareció que me daba aquel hombre una guantáa en mitad de la cara...! ¡Venirme á pagar á mí con cuatro mil francos un regalo que hacía...!

—Tente, Currito, tente, me dije; que á éste hay que descabellarlo por lo fino. Y como si fueran de papel de estraza, tiro los billetes en la mesa sin mirarlos siquiera, y dígoles mu campechano:

—Síntese usted, Monsiú Coliflor: vamos á echar un cigarro... Y saco la petaca de filigrana de oro que me regaló la Reina.

—¡Oh qué linda alhaja! dijo el Coliflor.

—No es fea, contesté yo como si tal cosa. Esa me la regaló la reina de España.

—¡Oh, qué bravos cigarros!

—Regularillos son, le respondí: el rey de Portugal me mandó seis cajones iguales.

Y al oír esto el Coliflor, abría cada ojo como un besugo. Y yo entonces más serio que una patata, hago con los billetes una torcia, les prendo fuego en el velón, y se los presento para que encienda el cigarro.

—¡Oh, señor Pencas...! que usted quema el dinero...!

—No se apure usted, señó, le dije yo entonces; que todavía me quedan un par de onzas en el bolsillo para comprarle al Emperaó un organillo y un mico, por si quiere ir á España á ganarse la vida...

—¿Qué es lo que usted dice, señor Pencas...?

—Digo, por si usted no lo sabe, que Currito

Pencas no es ningún ropavejero del Rastro, ni tiene ningún baratillo en las callejuelas de Regina. ¿Está usted...? Digo, que lo que Currito Pencas regala, lo paga la voluntad, pero no lo paga el dinero... y digo, que ni el Emperaó de Francia, ni el Emperaó del globo terraco, le sacan á Currito Pencas los colores á la cara. ¿Está usted, monsiú Coliflor? ¿Está usted?

—Yo estoy espantado.

—Pues remójese la mollera con agua fresca, no le venga algún desmayo, dije yo volviéndole la espalda. Y aquella misma noche reuní á la cuadrilla y tomamos el tren, diciendo desde la ventanilla:

—¡Adiós, París...! te queaste sin Currito Pencas!

Currito Pencas calló, y el entusiasmo del auditorio llegó entonces á su colmo. Aquellos pulidos caballeros, entusiastas del París que llama Veuillot *Universidad de los siete pecados capitales*, se indignaron de que el París verdaderamente culto y elegante hubiese visto en su ídolo tan sólo un gitano garboso; la digna conducta de Napoleón fué considerada como un crimen de lesa tauromaquia contra aquel héroe del trascuerno, y la insolencia del torero como una arrogancia más caballeresca que la de aquel conde de Benavente que prendió fuego á su palacio, antes que hospedar en él al condestable de Borbón, traidor á su patria. Rodearon, pues, al torero aclamándole, y á los gritos de: ¡Bien!—¡Bravo!—¡Bien por Currito!—¡Viva Sevilla!—¡Eso es dejar bien puesta la bandera!—le levantaron, tal cual estaba sentado en la silla de la Dubarry, y le colocaron sobre la mesa.

—¡Pues claro está, caballeros! decía Currito desde lo alto de su apoteosis. Quien descabella seis toros toos los lunes, bien puede descabellar á un Emperaó una vez en la vida...

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró un negrito de unos quince años, vestido de librea verde-aceituna, con una gran bandeja llena de botellas, platos y copos. Era el *groom* de Manolo, que traía el *lunch* para los señoritos.

Manolo mismo nos sirvió á Fernando y á mí algunas pastas y una copa de vino, y ordenó luego al negrito que nos llevase á ver el león preso en su cueva. Indudablemente estorbaba á la completa expansión de los señoritos la presencia de aquellos dos inocentes testigos. Mas Fernando, que no acertaba á separarse de Currito Pencas, se declaró en completa rebelión, y de tal manera chilló y se resistió, que tuvo que acudir su hermano y sacarle á viva fuerza, y casi arrastrando, á la escalinata del jardín. Allí ordenó á su lacayo que nos acompañase á ver el feroz cautivo del Sahara, y nos llevase luego á casa en el tífuri que nos había traído.

A poco oíamos á lo lejos la preciosa voz de barítono de Manolo, que, dominando á los gritos y á las carcajadas, cantaba al compás de las copas que chocaban, el famoso brindis de Maffeo Orsini en la ópera *Lucrecia*:

Il segreto per esser felice

So io per prova, e l'insegno agli amici...

Al oírle Fernando, apretaba los dientes de rabia, —Si yo fuera el león, exclamaba, rompía la reja, y me comía á mi hermano y á ese farol de Manolo...

Tuvo, sin embargo, que refrenar sus bríos y resignarse á subir conmigo al tífuri, mientras veíamos á la alegre cuadrilla subir á su vez en un break, tirado por cuatro caballos que el mismo Manolo guiaba, y alejarse á trote largo, en dirección del cortijo de la Picota.

En el camino nos cruzamos con otros dos coches de alquiler, de cuyas cortinillas corridas salían estrepitosas risotadas de mujeres. El lacayo, que trataba á Fernando con harta familiaridad, le dijo sonriendo de un modo extraño, una cosa que no entendí. Fernando le contestó otra de que tampoco pude enterarme, y se quedó luego muy pensativo. Yo, para distraerle, le volví á tirar de su incipiente coleta.

—¡Déjame! me dijo bruscamente: no seas niño! Y cada vez más pensativo, seguía con la vista á los dos coches, que en aquel momento tomaban también el camino del cortijo de la Picota...

¡Pobre Fernando...! Tres meses después murió en pocos días, sin que su madre permitiese al confesor acercarse á su cabecera.

—¿Para qué asustarle? decía. ¡Si es un ángel...! ¡Ah! no son ángeles, á los trece años, los niños que sus madres abandonan en manos de criados desde su más tierna infancia!

II

Así se pasaban los días de Manolo, cual una sarta de dorados cascabeles, alegres, ruidosos y vacíos,

1 El secreto para ser feliz, lo sé yo por experiencia y lo enseño á los amigos.

dando la ociosidad entrada á todos los vicios, pres-tándoles la opulencia todas las seducciones y todos los refinamientos. Jamás le habían negado sus padres el menor de sus gustos; jamás le habían contrariado el más leve de sus caprichos; y aquel natural inculto creció por lo tanto torcido, como una planta bravía abandonada en terreno salvaje, sin experimentar nunca la imperiosa necesidad que tiene el hombre de vencerse á sí mismo, sin comprender tampoco en las demás criaturas otro destino que el de servir á su egoísmo y satisfacer los goces en que cifraba el único fin de su vida; porque en esto, iba Manolo más allá del que dijo: Comamos y bebamos, que mañana moriremos. Manolo creía que no iba á morir nunca!

Murió al cabo su padre, y hubo que dividir en seis partes, por ser cinco las hermanas de Manolo, aquel caudal que se creía tan inmenso, y que apareció entonces mermado por las malas administraciones, y embargado en su mayor parte por esa polla, hija del lujo, que carcome y arruina á las casas nobles: ¡las deudas!

Vióse entonces aquel brillante jóven, que se creía poderoso, heredero tan sólo de un corto caudal que aun no poseía, y sujeto desde su infancia á todas las torcidas exigencias de una educación opulenta y licenciosa. Vióse precisado por vez primera á lanzar sus miradas más allá del horizonte de caballos, toros y perros, salones, casinos y lupanares, en que hasta entonces había vivido encerrado, y vió con sorpresa que tras de la opulencia llegaba la medianía, y que tras de la medianía podía venir la miseria. Ni por un momento pensó sin embargo en abandonar el lujo y el boato á que le habían acostumbrado sus padres. Pensó más bien para sostenerlo, en efectuar con la hija de algún banquero, ó comerciante rico, uno de esos matrimonios de conveniencia, en que el yerno busca en las talegas del suegro un puntal de oro que sostenga la casa solariega que se derrumba, y el suegro, en los pergaminos del yerno, cierto polvo de antigüedad que encubra lo flamante de su arca. Mas, según la frase de Manolo, era la cruz del matrimonio el árbol de que se ahorca el marido; y al llegar la hora de escoger árbol en que ahorcarse, le sucedió lo que á Bertoldo, que ninguno le pareció bastante á propósito. Pensó entonces en dedicarse á la política, juego de albur en que todos pueden probar fortuna; mas su ignorancia y su falta de carrera le cerraban los caminos honrosos por donde se llega á altos puestos, y su inconstancia y su pereza, jamás vencidas, le cortaban esos otros caminos por donde la osadía conduce á la ambición, adonde rara vez logra la modestia colocar al mérito.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

XIV



A misma tarde del día en que Witold, después de la heroica defensa de Mlynek, había caído en las manos de los rusos, se celebraba en la fortaleza el funeral de Pablo Nebutoff. Desde el día en que el joven teniente había sucumbido en la sorpresa del bosque, su cuerpo lívido y helado estaba expuesto en una cama de respeto, á las lágrimas de sus parientes y á las miradas de sus amigos.

Se acercaba el momento de los funerales, lo habían puesto en el ataúd, grandes candelabros de plata formaban una capilla ardiente; flores blancas, esparcidas en el cojín, rodeaban el rostro lívido del cadáver; en la capilla griega, que no estaba distante, doblaban todas las campanas.

Á la entrada del salón donde estaba el catafalco, algunos soldados estaban de centinela; cinco ó seis oficiales con la cabeza desnuda rodeaban el ataúd, y Alejandra vestida de negro, arrodillada cerca del muerto, escondía su rostro entre sus manos, entregada á una sombría desesperación, á un mudo estupor. Solamente de cuando en cuando se estremecía, levantaba la frente, parecía volver á la vida; y era cuando oía que un sollozo convulsivo levantaba el pecho del coronel, que estaba en pie, con los brazos cruzados, cerca del catafalco. Entonces, dejando caer sus manos, levantaba sus ojos llenos de lágrimas hacia su padre, y le dirigía una mirada de compasión y de amor: "¡Ay padre mío! parecía decirle, soportad vuestro dolor, aceptad la vida, porque yo estoy aquí... Vuestra gloria se ha marchado, pero os queda mi cariño, veréis cómo basto yo para esta santa tarea de amaros por dos." —Y el coronel

1 Figuier, *Année scientifique et industrielle*.

leía esto en sus miradas, porque levantaba lentamente una de sus arrugadas manos y las dejaba caer sobre la sedosa cabellera de su hija, mientras que con la otra se tapaba los ojos, para no ver el inmenso vacío del ataúd y la amarga conquista de la tumba.

No se esperaba para levantar el ataúd más que la llegada de los sacerdotes, cuando un oficial con botas y espuelas, que parecía haber recorrido un camino muy largo, entró en el salón de puntillas, hizo un profundo saludo, y fué derecho al coronel, queriéndole entregar un despacho que llevaba en la mano. Este volvió la cabeza, echó una mirada glacial al que llegaba, é hizo un ademán como para decirle:

—No me interrumpáis cuando lloro por mi hijo.

El oficial se quedó un instante inmóvil, no atreviéndose a renovar sus instancias. Sin embargo, después de algunos segundos se le oyó murmurar:

—Coronel, este despacho es de la mayor importancia; os anuncia el resultado de un combate, donde...

—Dádsela á Ignatiew, murmuró el anciano sin salir de su doloroso delirio.

Se inclinó el oficial, y llevó el mensaje al joven capitán.

Pero apenas rompió éste el sello, que cambió de color y se le escapó un grito. Este movimiento despertó la curiosidad de todos los presentes, y llamó la atención al mismo coronel. Para que Ignatiew, cuya sangre fría y valor eran conocidos, se permitiese esta demostración en semejantes momentos, era menester que las noticias en cuestión lo hubiesen llenado de satisfacción ó de espanto. El coronel se volvió hacia el joven oficial y salió, haciéndole una seña para que le siguiese.

En este momento, los monótonos cánticos de los popes se oyeron en lo bajo de la escalera. Alejandra se levantó con ademán desesperado, y cogió con sus manos temblorosas el rostro del cadáver para darle el último beso de despedida. Se inclinó, besó su frente, los rizos de su cabellera; después puso sus labios sobre aquellos labios helados, y se quedó inmóvil, sin enterarse de que el coronel había entrado.

—¡Oh hijo mío! ¡oh Pablo mío! — exclamó el anciano padre, no nos limitamos sólo á llorarle. Regocíjate; te hemos hecho unos funerales gloriosos. Aquellos que se gloriaban porque te habían vencido, están ya reunidos contigo en la tumba. Sólo uno sobrevive todavía; pero arrastra su vergüenza en las cadenas, y la ley le aplicará muy pronto un merecido castigo, porque la vida del jefe Mlotek pertenece á la justicia del czar y á la venganza de un padre.

El respeto que se debía á la presencia del cadáver fué lo que contuvo á los oficiales para no acoger con exclamaciones de gozo esta excelente noticia. En el exceso de su satisfacción no repararon en el rostro de Alejandra, que se incorporaba lentamente, con la frente pálida, los ojos fijos, los labios helados, viva imagen de aquel muerto á quien decía adiós... Pero no pronunció una palabra, no hizo un ademán, y cayó de rodillas junto al ataúd de Pablo.

En este momento entraba el clero con la cruz y los ciriales. Los oficiales que debían llevar el cuerpo de su joven camarada ciñeron sus cinturones y se acercaron al ataúd. Se quiso separar á la joven y entonces se enteraron de que estaba desmayada. Se la llevaron á su cuarto, y el coronel, á la cabeza del duelo, acompañó á su hijo hasta el cementerio.

Cumplido este triste deber, en seguida fué á ver á Alejandra. Marta, la anciana ama, deteniéndole en la puerta, le dijo que la joven tenía una violenta crisis nerviosa, que estaba algo más tranquila hacia un momento, pero que su estado parecía delicado, y que era menester tener muchos miramientos con ella.

—¿A quién se lo dice usted, Marta? — respondió dolorosamente el coronel. — ¿Creéis que yo quiera perder en ella el único tesoro que Dios me ha dejado?

Entró solo y fué á tomar con mucha suavidad la mano de la joven. Alejandra, tendida en una meridiana, parecía que dormitaba; pero al contacto de los labios de su padre, se incorporó con viveza y le echó los dos brazos al cuello. Durante algunos minutos, ni el uno ni el otro hablaron, se estrecharon en silencio, lloraron juntos; al fin, pronunciaron algunas palabras entrecortadas.

—Tu madre me ha dejado hace ya mucho tiempo; ahora me han quitado á Pablo, y me quedas tú sola; no me abandones, hija mía, — murmuraba el coronel.

—¡Oh padre mío querido! — respondía Alejandra — por mi amor soportad vuestro dolor. Pensad en vuestros deberes hacia la patria; pensad que Pablo ha muerto como hombre de honor y como valiente soldado; que sin duda Dios le ha perdonado

su desesperación, y que descansa con los valientes. Pensad que la vida es corta y que un día estaremos con él, ¡tal vez muy pronto!

Abrazó con ternura al anciano, y los dos guardaron un rato silencio.

—Lo que suaviza un poco mi dolor — replicó muy pronto el señor de Nebutoff, es la satisfacción, al menos, de no haber dejado á mi Pablo sin venganza. ¿No sabes, hija mía, cuál ha sido el despacho del mayor Czerkin?

—No, padre — dijo con tristeza Alejandra — cuya mirada expresaba una ardiente curiosidad.

—Y bien, el mayor me dice que ha sorprendido... creo que en Mlynek... una numerosa columna de insurrectos, mandadas por el mismo Mlotek, que los ha deshecho, después perseguido y quemado las casas de la aldea, que tiene á Mlotek prisionero, que lo tiene á mi disposición y que espera mis órdenes.

Alejandra al pronto no respondió nada, cerró los ojos, y como agobiada por el cansancio, apoyó su cabeza en su sillón.

—¿Y por qué os escribe el coronel, en lugar de traerlos él mismo su prisionero? — preguntó, en fin, ella, hablando con trabajo.

—Porque esos hombres han sostenido un combate muy rudo, y necesitan algún tiempo para descansar. El cautiverio de Mlotek es una cosa muy importante, y alguna otra columna de estos rebeldes podría muy bien en el camino tratar de librar al prisionero.

—¡Ah! tenéis razón — murmuró Alejandra, hablando con abatimiento. — ¿Pero en donde está vuestro cautivo?

—En Brok, á tres millas de aquí.

—Brok es un pueblo pequeño que está bastante mal custodiado. ¿No estaría más seguro teniéndolo aquí en la fortaleza á vuestra vista?

—Seguramente, hija mía; por eso voy á mandar á Czerkin que lo traiga mañana.

—Pero decid que su destacamento está cansado? ¿Y si fuera sorprendido en el camino? ¿No sería mejor enviar á algunos cosacos de vuestro regimiento, mandados por un hombre de confianza? Verdaderamente, no sé por qué me permito el aconsejaros en este negocio — continuó la joven con aire de tristeza; — sin duda porque conozco cuánto os interesa y cuán satisfecho estaréis de entregar al Gobierno uno de los más furiosos enemigos del czar y al jefe de los asesinos de Pablo.

—¡Pobre hija mía...! Quieres imponer silencio á tu dolor para tomar parte en mis sentimientos y consolarme con tu ternura. Tu consejo es bueno, Alejandra; solamente que para aprovecharme de él no puedo dirigirme sino á otro yo mismo... al capitán Mohl, por ejemplo... Pero no, no puedo fiarme de él. Tiene más valor del que se necesita; sólo que le falta absolutamente la presencia de espíritu y la sangre fría.

—Y bien, ¿qué pensáis de Ignatiew?

—¿Ignatiew? ¡Ah! sí, es posible... Este es un muchacho inteligente, muy valiente, y al mismo tiempo muy prudente, muy listo. Además, es mi antiguo discípulo, el compañero de infancia de nuestro amado Pablo... ¡Oh hija mía! si me hubieras creído, si hubieras hecho caso de los deseos de tu anciano padre y de la ternura de Ignatiew, mi vejez no sería ahora tan triste. Ya haría mucho tiempo que hubiera tenido dos hijos, porque no hubiera sido para mí un yerno. Pero no es este el momento de hablar de bodas — añadió dolorosamente, mientras que se desprendían gruesas lágrimas de las pestañas negras que adornaban los párpados de Alejandra.

Después de un instante de silencio se levantó.

—Partirá Ignatiew — dijo; — este es el mejor partido que se puede tomar. Dentro de una hora le avisaré, cuando haya concluido. Le avisaré dentro de una hora, cuando haya concluido algunos negocios importantes que han estado abandonados en estos tristes días... ¡Hasta luego, mi pobre hija! ¡Vamos, ni se tiene tiempo de llorar á los difuntos queridos cuando le debe todos sus trabajos, todos sus cuidados á la patria...!

Acabando estas palabras, el coronel abrazó tristemente á su hija, y su paso lento y monótono se perdió muy pronto en las profundidades del corredor.

Apenas salió Alejandra, se incorporó con ligereza en su asiento.

Con una mano pasó su pañuelo por sus ojos para enjugar las lágrimas, y apoyó la otra sobre su frente como para descansar y refrescarla.

—¡En una hora...! ¡Tengo una hora todavía! — dijo. — ¡Una hora para salvarlo! ¡Nada más que eso! Haced, Dios mío, que sea suficiente.

(Se continuará.)

MISCELÁNEA

Aunque son del dominio público las noticias contenidas en la siguiente circular del Gobierno eclesiástico de Toledo, creemos deber insertar íntegro el documento que dice así:

«Hacemos saber: Que en virtud de Letras apostólicas dadas en Roma en 7 de Marzo de este año por nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII para constituir el obispado de Madrid y Alcalá, el excelentísimo é ilustrísimo señor Arzobispo de Valladolid, por delegación del excelentísimo é ilustrísimo señor Nuncio Apostólico en estos reinos, en 19 del actual dictó el auto de segregación, señalando todo el territorio de la provincia civil de Madrid, y, por lo tanto, separado para siempre de este arzobispado, y encargando como delegado apostólico de la jurisdicción de dicho territorio al Excmo. é Ilmo. Sr. Vicario eclesiástico de Madrid y al muy ilustre Sr. Vicario eclesiástico de Guadalajara y cualesquiera otros hoy pertenecientes á este arzobispado; y en su consecuencia, todos los señores curas, rectores, coadjutores y comunidades religiosas de dicha provincia de Guadalajara acudirán, en todo lo perteneciente al ministerio parroquial y asuntos eclesiásticos, á esta Vicaría general eclesiástica de Toledo.»

El primer Obispo de Madrid, tantas veces celebrado en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por su sabiduría y su virtud, el Venerable Sr. Martínez Izquierdo, se halla en Avila, en el convento de los PP. Dominicos, esperando el día de su entrada en esta Corte, donde debiera hacerse un recibimiento entusiasta, que quedara como memoria indeleble en la historia que ahora se abre del nuevo obispado de Madrid.

De una correspondencia de la ciudad del Cid, tomamos este párrafo, que en pocas líneas retrata á maravilla el estado en que se encuentran allí los ánimos, sobrecitados con el temor al cólera y con las dudas que suscita su tratamiento:

«Si el cólera amenaza nuestras vidas, las disputas de los médicos sobre sus respectivos métodos curativos amenaza trastornar nuestra razón. Ferranistas y antiferranistas han convertido á Valencia en una Bizancio microbiológica ensordecida y mareada por el estruendo de altercados, que ni los que arman los partidos por el poder. Quizás á la postre saquemos algo en limpio; pero mientras tanto, ¡cuántos disparates y tonterías estamos escuchando! Doctor ha habido que, llevado del entusiasmo oratorio, llamó á la infortunada Alcira «la ciudad santa del microbio...» Cuando la retórica brinda con semejantes flores, ¿cómo andará la lógica? Así es que se suelta por esos ateneos, círculos y corrillos de la calle de Zaragoza cada *argumento* (como decía un dialéctico chusco) que tira de espaldas. Y no son sólo los médicos. La microbiomanía cunde maravillosamente entre el vulgo. Hay quien cree que basta tener buena vista, y á lo más unos lentes de casa de Subat, para ver á los tremendos y diminutos viajeros del Ganges; hay quien asegura haberlos visto con tan primitivo procedimiento, y luego se pasman cuando se enteran de la sutileza y poderío de los cristales que necesita Ferrán para conseguir lo propio que ellos á tan poca costa han logrado.

¿Qué saldrá de todo este maremagnum? Sólo Dios lo sabe.»

En Barcelona se proyecta una Exposición internacional. El Sr. Casanovas solicitó hace tiempo del Ayuntamiento la cesión de unos terrenos para levantar un edificio con tal objeto. El Ayuntamiento, considerando el beneficio que puede resultar para Barcelona, en sesión del 18 del actual acordó ceder á dicho señor por espacio de dos años y medio los terrenos de la ex ciudadela que en la actualidad no están habilitados.

El Sr. Serrano deberá depositar como garantía 5.000 pesetas para recibir el permiso, y 50.000 al empezar las obras, cuyas cantidades le serán devueltas cuando acredite haber gastado 150.000 pesetas en la construcción. La Exposición deberá inaugurarse en Septiembre del año 1887, y estar abierta hasta Abril de 1888. El precio de entrada á la Exposición será de una peseta, exceptuando un día de la semana, que será de dos, y otro día de 50 céntimos.

Por ahora no sabemos más.

Como son muchas las familias que en la actualidad se refugian, huyendo del cólera, en San Sebastián tendrá una extraordinaria solemnidad la peregrinación que para mediados de este mes se prepara al milagroso y renombrado Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, á cuya divina imagen tanta devoción tienen todos los vascos-navarros de ambas vertientes del Pirineo.

En esta peregrinación tomarán parte las Congregaciones de Hijas de María de todos los pueblos del distrito judicial de San Sebastián, asistiendo gran número de congregantas.

Se celebrarán grandes ceremonias religiosas en Fuenterrabía y en el Santuario de Guadalupe, situado en la falda del majestuoso *Jaiquiribet*, y desde donde se divisa un mágico panorama que se extiende desde el Cantabrico, Vegas del Bidasoa y los Pirineos, á Bayona y costas de Burdeos.

Estas santas devociones son hasta ahora la mejor inoculación anticolérica que se conoce, y lo serán siempre, mientras caen á tierra unas tras otras las invenciones de los hombres.

En el número tercero del *Patermann's Mittheilungen*, correspondiente al año actual, se publica un artículo de Herr A Woeikof, respecto á la influencia de los montes en el clima. Empezaron á efectuarse investigaciones científicas sobre este particular, cuando se establecieron las estaciones meteorológico-forestales de Baviera, ejemplo que muy poco después imitaron Prusia, Alsacia-Lorena, Francia, Suiza é Italia. Puede sentarse como regla general, que comparando en las estaciones calurosas los terrenos arbolados con los desprovistos de vegetación, la temperatura de la tierra y del aire es más baja, son menores las variaciones y más grande la humedad relativa en los primeros que en los segundos.

Los montes ejercen influencia en el clima, y ésta no concluye en sus límites, sino que se extiende á una zona cuya amplitud depende de la extensión del monte, de su situación y de la especie ó especies vegetales que lo pueblan. De manera que el hombre puede modificar en cierto grado el clima de un país, según que repueble ó descuaje los montes, y también le es dado transformar en terrenos productivos los completamente estériles; ejemplo, las lanas de Burdeos.

Cartas recibidas de Sourabaya dan detalles todavía incompletos sobre los terribles accidentes volcánicos que allí han ocurrido.

Durante el mes de Mayo, el volcán de Smerne, el más importante de los del Este de la isla, dió signos alarmantes, seguidos bien pronto de una erupción que destruyó todos los sembrados en varias millas á la redonda. La lava llenó zanjas de doscientos ó trescientos pies de profundidad.

Las plantaciones de café de Kaheda Bening han sido destruídas, y más de quinientos habitantes han perecido.

En el centro de Java, otro volcán, el de Merapí, parecía amenazar con una erupción inminente. Oíanse ruidos subterráneos aterradores, y se teme que á estas horas hayan ocurrido allí nuevas y tremendas desgracias.

En la ciudad de *El Havre* (Francia), que cuenta cerca de noventa mil habitantes y forma un concurrido puerto de mar situado á la desembocadura del Sena, á corta distancia de París, se celebrará en el mes de Septiembre próximo un Congreso internacional de maestros para la discusión de alguno de

los más importantes problemas que afectan á la enseñanza y á los maestros.

La iniciativa ha partido del Alcalde de *El Havre*, y dicho Congreso será presidido por Mr. Gréard, miembro del Instituto de Francia y Vicerrector de la Academia de París, acompañado de varias comisiones y notabilidades profesionales de Inglaterra, Alemania, Bélgica y Suiza.

Las principales cuestiones puestas al debate por los promovedores del Congreso internacional de *El Havre* son las siguientes:

De la utilidad de los Congresos nacionales é internacionales de maestros.

Del trabajo manual en la Escuela primaria como complemento de la primera enseñanza. De la organización de las escuelas profesionales y de aprendizaje.

Del sueldo de los maestros y maestras en los diferentes países. En qué proporción el Estado y el Municipio deberían contribuir á ello.

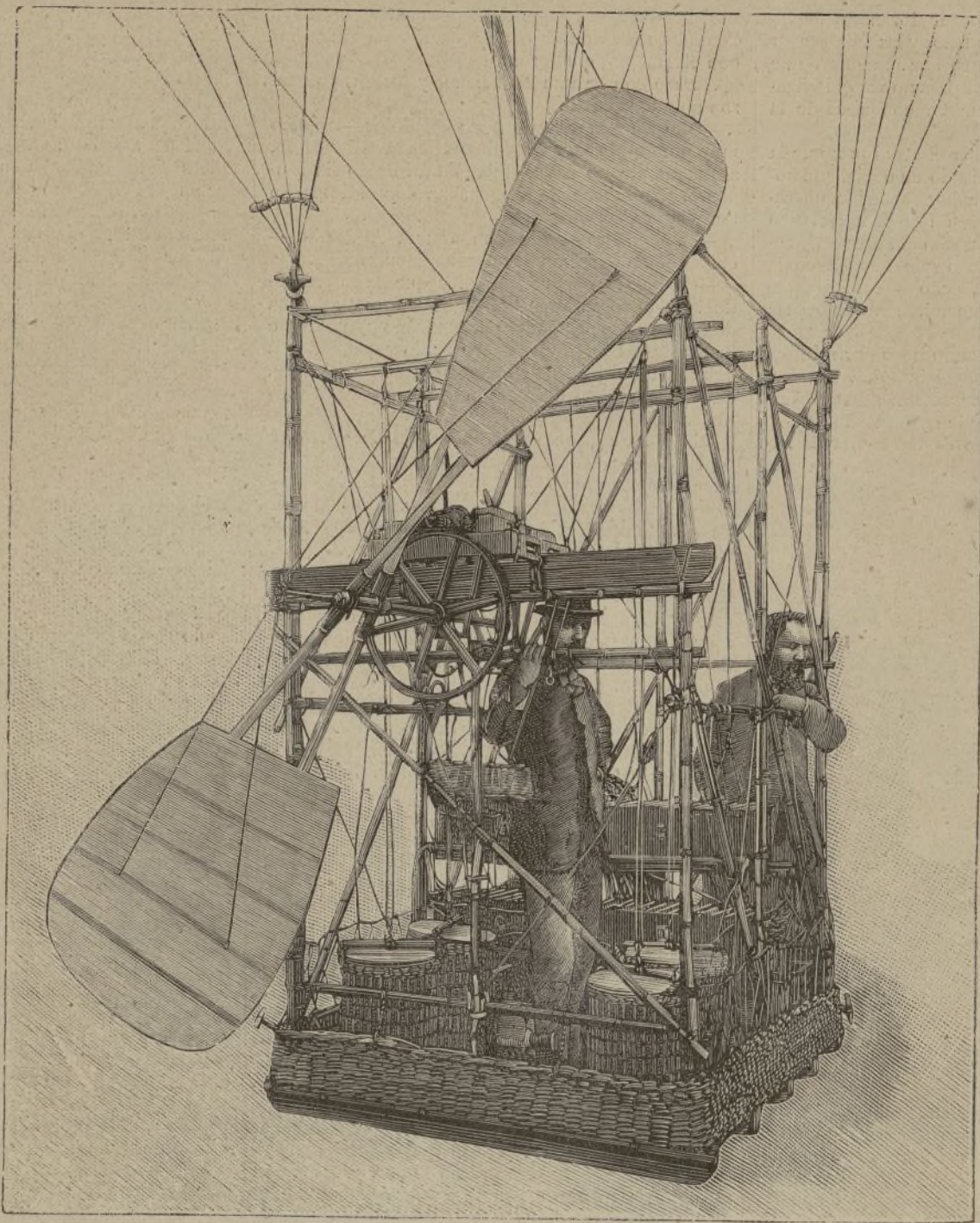
Escuelas normales. — Su influencia y concurso en la educación general y en la preparación general de maestros y maestras.

Falta lo mejor; tratar de la influencia perniciosa que ejerce en la sociedad la secularización de la enseñanza primaria.

Todo lo demás es andarse por las ramas, y entregar el tronco al hacha de los demagogos.

El Dr. D. Juan Cuesta y Ckerner, director de un acreditado periódico médico, acaba de publicar un folleto intitulado *El cólera morbo asiático*, donde se consignan noticias muy útiles «para prevenir y curar» tan gravísima epidemia.

Contiene las siguientes materias: Tratamiento médico empleado por el autor en diferentes epidemias; instrucciones oficiales dictadas por la Real Academia de Medicina de Madrid para prevenir el



APARATO DIRECTRIZ Y BARQUILLA DEL GLOBO TISSANDIER.

desarrollo de una epidemia y aminorar sus estragos en el desgraciado caso de su aparición, seguidas de las nociones, preceptos y medios para prevenir su desarrollo y combatir sus primeros síntomas, aprobadas por la Junta municipal de Sanidad de Madrid.

Este folleto, escrito con arreglo á los últimos adelantos científicos, y que ha sido adoptado por numerosos Ayuntamientos y Juntas de Sanidad como *Cartilla sanitaria* en la epidemia colérica de 1884.

Se vende á cuatro reales en esta Administración y en las principales librerías.

Hemos recibido un precioso libro de don Manuel Parrilla y García, catedrático y director del Instituto de segunda enseñanza de Ciudad-Real, intitulado: *Verdades y legitimidad de la soberanía temporal de los Papas sobre los Estados de la Iglesia*. Cuando le hayamos leído, daremos cuenta de nuestro juicio, que desde ahora anunciamos será muy favorable, porque el libro, según el índice, es erudito y abundante en doctrina, y según la censura eclesiástica, «merece el aplauso de los buenos y ha de ser útil á la verdad católica.»

Es un volumen en 4.º de 528 páginas, y se vende á 10 pesetas en la librería de Rubisco, Calatrava, número 10, en Ciudad-Real.

Ahora que tanto se habla de desinfectantes, nos parece oportuno describir un nuevo aparato inventado por Ebel, de Berlín, el cual llena el objeto de saturar la atmósfera de un modo muy homogéneo de vapores de ácido fénico. Estos se desprenden de una especie de turbina ó torniquete constituido por un globo metálico, que en la parte superior termina con dos ramas tubulares de muy pequeño diámetro, que pueden girar en movimiento de rotación según un plano horizontal. Se llena el globo de ácido fénico, y se coloca debajo una lámpara de alcohol, la cual al arder eleva la temperatura de la solución de ácido fénico á 5 grados de concentración, cuyos vapores se desprenden por las dos ramas antes citadas, á las cuales, por la fuerza de reacción, pone en movimiento, esparciéndose los vapores fénicos á manera de rocío al rededor del aparato. Se recomienda para salas de hospitales, cuarteles, fábricas y otros lugares cuya atmósfera se halle viciada por gérmenes patológicos.

ADVERTENCIA

La Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se complace en servir á los suscritores de provincias los libros que nos pidan; pero á fin de evitar el disgusto de que los libros se pierdan en Correos, como sucede con harta frecuencia, todos los encargos de esta clase que se nos hagan deberán acompañar á su importe cuatro reales más por correo y certificado.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.